

[^E_N^T_R^E]
LETRAS

LAS COSAS POR CONTAR



[^EL^NE^TT^RA^{S^E]}

- 12 -

Las cosas por contar

Ilustraciones:

Juana Zúñiga [Lizeth Johanna Zúñiga Burbano]

Agradecimientos /

A Rodrigo Orozco por el paciente y maravilloso trabajo de diagramación de la primera versión de este libro, además de la creación del diseño visual de nuestro logo «Las cosas por contar». A Silvana Bolaños por su admirable atención a los detalles durante la corrección de estilo y a Sergio Muñoz por su riguroso trabajo de corrección editorial. A Rafael Romero de la Rosa, quien amorosamente intervino los retratos. A Ángela Gutiérrez, quien nos apoyó con publicaciones en redes sociales que nos han dado la oportunidad de llegar a más personas.

A la Editorial Universidad El Bosque por su respaldo generoso y a Germán Molina, quien nos escuchó e hizo las conexiones pertinentes para poner en marcha esta publicación.

Gracias a todos y todas las que hicieron posible que este libro existiera, por el esfuerzo y el amor invertidos a lo largo del proceso creativo, por apostarle a nuestro proyecto: un trabajo colaborativo entre ocho mujeres de diferentes regiones de Colombia. Gracias a nuestros amigos y familias, quienes se encargaron de las fotografías y de muchas de las herramientas que nos sirvieron para narrar el paisaje de las historias. Esto nos permitió expresar *las cosas por contar*. Sin su inestimable apoyo, no habría sido posible.

CONTENIDO ///

Prólogos /	8
------------	---

La rata / 15

Sileny Laos Osejo

Furia / 29

Ana Luisa Muñoz Ortiz

La mujer aire / 47

Alexandra Molina Trujillo

La Casa Azul / 59

Andrea Narváez Caicedo

Con el reflejo oculto / 71

Laura Romero de la Rosa

Los invisibles tentáculos
del cuerpo / 81

Lizeth Patricia García Ruiz

Cadena de ajos / 93

Karol Rodríguez Cabezas



Prólogos /

Hay tantas historias por contar... Las contamos porque sabemos que en algún lugar del universo existe alguien que puede identificarse con nuestro pasado, presente o futuro. Habrá quienes las lean y lloren, habrá quienes las odien y quienes las amen, y también habrá, infaltables, quienes finjan indiferencia.

Solo las almas probas entenderán que todas las palabras aquí escritas han liberado recuerdos o fantasías que no buscan compasión, sino temple y amor para nuestro espíritu. Nos hemos hermanado para entregarles, queridos lectores, estos cuentos que contienen parte de nuestra luz y parte de nuestra oscuridad.

Un bello libro con fragmentos de nuestras vidas hoy está ante ustedes.

Un bello libro que nos permitió esta juntanza de mujeres, todas tan distintas.

Un bello libro que se gestó el año en el que se detuvo el tiempo.

Sileny

• • •

Crear, escribir y parir este libro junto a otras mujeres ha sido, para mí, enlazar la historia de las vivencias tradicionales heredadas y las expresiones contemporáneas de la vida de las mujeres colombianas. No digo que estas páginas resuman en su totalidad las experiencias femeninas, que las globalicen o unifiquen como un símbolo histórico del gesto femenino nacional, sino que en su unidad creativa y su diversidad geográfica, corporal, narrativa y subjetiva nos ayudan a ubicarnos en el espacio en común en el que

las mujeres nos situamos y sobre el cual poco o nada se nos ha permitido contar.

12/
13

Este libro es una apertura al diálogo sobre nuestras memorias y miedos, nuestros gritos e identidades, nuestros derechos. Este hijo es una manifestación de nuestra ciudadanía, una revelación íntima del sentir femenino, cuyo propósito no es más que invitar al lector a sentir de cerca lo que a diario nuestros cuerpos resisten.

Tengo la seguridad —esta obra es testimonio de ello— de que cuando las mujeres unimos fuerzas e invertimos nuestro tiempo en el desarrollo personal y colectivo de nuestro género estamos creando plataformas que promueven la igualdad y la empatía. Así, abrimos caminos para las generaciones que nos miran, que ven en nosotras la guía para la construcción de feminidades más liberadas y soberanas de sus corporalidades; con ello, también, sanamos el daño histórico que antes, en la dispersión, creíamos irreparable.

Ana Luisa

• • •

El año 2020 fue arduo, pesado, difícil, doloroso. Había acordado con unas amigas escribir sobre el cuerpo, este que anida todo, que es todo, susceptible a cambios y a frenos en primera, a adrenalina y a cortisol. Habíamos pactado fechas y convenido entregas. Todo cambió. Las emociones se sintieron más agudas en cada poro. Algunas enfermamos, otras se sostuvieron con la fuerza de su espíritu danzante. Todas fuimos resilientes de una u otra forma.

Entonces escribimos. Dejamos libres en la pantalla de un computador toda la risa, el llanto, la alegría, la soledad,

el dolor, la rabia, la amargura, la nostalgia; pusimos en cuartillas el deseo que puebla las ganas de vivir o de morir, nuestra cuidadosa contemplación de las circunstancias. Escribimos: así como dijimos, pensamos, repensamos; así como cuando se teje se eligen el hilo, el color, la aguja —la palabra, el verso, el ritmo, la prosa—; así como cuando se hace pan se seleccionan los ingredientes, se mezcla, se amasa, se hornea.

Nos reunimos. Nos enviamos mensajes. Nos confesamos. Nos animamos. Nos divertimos con carcajadas abiertas y nos regañamos amorosamente. Para todas, este libro significó algo más que una juntanza, que ya es bastante. Para mí, que la censura ya no será posible, que las puertas seguirán abiertas con o sin habitación propia. Que los tiempos para ser y estar y prolongar los relatos son los que nosotras decidamos. Nos rebelamos ante el silencio impuesto, nos acomodamos a nuestras cadencias, nos encontramos en sincronías. Y escribimos.

Alexandra

• • •

Para Mujeres Libro, como inicialmente se llamó nuestro proyecto, los pensamientos y las palabras son como peces en un lago que se escabullen cada vez que queremos atraparlos. Peces que parecen traídos de hemisferios inciertos, raros y dolorosos. La tarea de escribir no solo implica pescar, sino agarrar con las manos esos peces, enterrarse las espinas y digerirlas lentamente en un festín de emociones y sabores.

Por fortuna, otras mujeres están en la misma tarea; con ellas la pesca se hace necesaria y el banquete, más gustoso. Poco a poco, el corazón deja de tallar y el hambre

se calma; al final, solo quedan la gratitud y la suerte de poder pescar. No todas tienen esa posibilidad.

14/
15

Pescar sola no es lo mismo que hacerlo en conjunto. Para mí ha resultado muy grato formar parte de este proyecto con un grupo de mujeres y colegas a las que admiro. Acompañarnos ha sido un proceso de sororidad y, de paso, una excusa para mantenernos activas profesionalmente y empoderarnos en estos días en que la existencia se ha convertido en una batalla. El propósito es hacer el viaje tan ligero y grato como sea posible, sin tantas espinas en el corazón. ¡Vamos al lago a pescar!

Andrea

• • •

Descubrir en medio de mi soledad la posibilidad de escribir aquello que sucedía en mi vida cotidiana, por temor a olvidarlo, me hizo llevar diarios de manera intermitente, que siempre quedaban abandonados en algún rincón de la librería o perdidos entre mudanzas. Esas pequeñas historias en apariencia insignificantes, sin mayor sentido, fueron el camino que condujo hasta aquí, hasta *Mujeres Libro*; fueron la luz que me permitió coincidir en tiempo y anhelos con otras mujeres creativas, amazonas, brujas, cada una en su estilo, que llevan dentro de sí el «arte del buen querer».

Solo me queda agradecer la posibilidad de conocerlas, escucharlas y, principalmente, leerlas. Ver este libro hecho realidad convirtió en factual un concepto que hasta hace muy poco era abstracto o nebuloso para mí: el de sororidad. La unión entre mujeres sí es posible, y se hace mucho más valiosa cuando sirve para conspirar en favor de experiencias

tan maravillosas como esta, que espero puedas disfrutar leyendo tanto como disfrutamos nosotras dándola a luz.

Laura

• • •

Hubo un año en el que el miedo a la muerte invadió las veinticuatro horas de cada día: un pequeño y mortífero bicho retaba a la humanidad para quedarse con su respiración. Gracias a los avances en conectividad digital nos desconectamos del mundo «real» y nos volcamos a sobrevivir a través de las pantallas; a besar, visitar, viajar y celebrar detrás de ellas; mejor dicho, a conjugar todos los verbos en la escena digital.

Durante esos meses, muchas mujeres vieron a su asesino en los ojos de la persona a la que, paradójicamente, habían elegido como compañero de vida: la muerte las alcanzó en su hogar. Entre tanto, siete mujeres de distintos lugares de Colombia decidimos unir nuestras voces para tejer cuentos. Cuentos que conectan, que narran la violencia endógena, que hablan de la niñez y la periferia; cuentos que corren, cuentos que abortan, cuentos que le ponen palabra a sentimientos inenarrables y construyen la experiencia de ser mujer en un país en el que la violencia machista sigue siendo parte de nuestro diario vivir.

Lizeth Patricia

• • •

Escribir es un acto de malabarismo; me debato constantemente entre quien soy y quien me gustaría ser. Mientras escribía este cuento, fui y soñé; recordé a mi

madre, mi tía y mi abuela, brujas poderosas cada una en su forma, fuego siempre presente. Me es necesario evocar a las mujeres de mi casa danzando en círculo: pareciera que no hay avance, pero es la vida pasando. Ellas me acompañan.

Soy esas mujeres sobre las que escribo, sueño, pienso; soy ese territorio que extraño, añoro: el mar, la arena, la montaña. Soy el desprendimiento de la tierra, de la madre, de la saliva. Al desprendernos del mundo que habitamos, de ese universo que puede reducirse al hábitat, es probable que el mundo que prodiga la vida, que deviene cíclicamente, se reduzca a una simple casualidad lineal y lógica, y sin embargo siga vibrante en la memoria y los recuerdos. Quiero ser memoria.

Karol

////
LA RATA



Sileny Laos Osejo

Nací en Bogotá. Soy cantante y compositora empírica, hice estudios en enfermería y derecho y me apasiona cantar, cocinar y escribir. Aquí seré escritora.

En 1995 gané mi primer concurso, uno de cuento y pintura ecológica infantil organizado por la Corporación Autónoma Regional del Cauca. El arte en cualquiera de sus expresiones ha sido fundamental en mi vida, pero la escritura ha sido mi catarsis. Por eso decidí ser parte de esta juntanza que me deja no solo amigas maravillosas sino un sueño cumplido: publicar mi primer cuento en compañía de otras escritoras.

Actualmente vivo del arte. Me sano. Me cuido. Me libero del pasado. Me muestro frágil. Me exijo, pero también me comprendo, y sigo buscando mi camino en medio de otras mujeres que me enseñan, me cuidan y me aman.



Tenía un poco más de cuatro años cuando mojé el colchón por primera vez.

El monstruo que atormentaba mi niñez no estaba bajo mi cama, sino en ella, a mi lado y dentro de mí.

Nací en 1988. Mi madre me parió siendo muy joven y poseedora de una belleza incendiaria. Recuerdo sus grandes ojos verdes-azules, su melena rubia de cabellos kilométricos y satinados, su cuerpo largo e intimidante.

>

Pero especialmente recuerdo su mirada ahogada en lágrimas y su olor.

Porque no toleraba su olor.

22/
23

Ella llegó a Bogotá en los años ochenta, persuadida por un hombre al que amaba a ciegas, con insensatez. De ese amor nació, de un idilio nómada que se paseó hasta extraviarse sin regreso. Quién sabe a dónde habrá ido a parar el hombre que cuando supo que mi madre estaba embarazada eligió abandonarnos.

Durante mis primeros cinco años, ella y yo vivimos en un inquilinato del antiquísimo barrio Santa Inés, en la céntrica localidad de Santa Fe. Se llama así en honor a dos santas italianas, ambas pertenecientes a familias aristocráticas: santa Inés de Montepulciano y santa Inés de Roma, patrona de las adolescentes, asesinada por no acceder a los deseos carnales de un hombre.

El que fuera un barrio exclusivo se fue transformando con las décadas hasta convertirse en refugio de desplazados, malhechores, traficantes, indigentes, vagos y toda clase de delincuentes. Las abuelas decían que cuando la iglesia principal de Santa Inés fue demolida, en 1957, el barrio recibió un castigo divino por ese sacrilegio. El castigo se materializó en una de sus calles principales, la del Cartucho, nombrada por las flores blancas que, según la historia, abundaban en el sector.

El inquilinato donde vivíamos permanecía oscuro. Había toda clase de personas desafortunadas allí. Sus rostros tristes, desagradables, malhumorados y cochinos me provocaban escalofríos. No me gustaba mirar a nadie.

Tengo viva la imagen de mi madre ebria en ese lugar, llorando de rabia porque mi padre la había abandonado, gritando que me odiaba y que se arrepentía de haberme

parido, porque si se había embarazado era para que él se quedara. Pero la abandonó, dejándole un dolor huracanado del que yo creía ser culpable. Y con todo y culpas, ella solo me tenía a mí y yo solo la tenía a ella.

Dormíamos en un cuarto pequeño y sombrío en el que apenas había una cama metálica con un colchón sucio y roto, una mesita de madera carcomida por la polilla y unas cortinas rojas que cubrían la ventanita por la que yo me salía para acostarme en el techo de la única iglesia que sobrevivía en el Cartucho y que era entonces uno de mis lugares favoritos: San Juan de Dios. Recuerdo el nombre porque mi amigo imaginario se llamaba Juan de Dios. Él sabía todos mis secretos y jugaba conmigo a las escondidas. Cuando sonaban los campanazos yo salía corriendo a su casa, que era la iglesia, y me acomodaba en el techo a recibir el sol o la lluvia.

Los días de mi niñez se iban conversando y jugando con Juan de Dios, pidiendo perdón en el techo porque mi existencia atormentaba a mamá, durmiendo en el cuarto y comiendo en la casa de doña Ruby, una vecina anciana que algunas veces iba por mí para darme colada dulce con pan y bocadillos. Me gustaba remojar el pan en la colada; los bocadillos los guardaba para cuando sintiera hambre. Aprendí a disfrutarlos tanto que hoy, cuando me como uno, siento que esa niña que fui fue muy feliz. La niñez es preciosa porque sabes ser feliz aun sin tener motivos para serlo. Yo tenía muchos motivos para ser feliz; el más importante, según recuerdo, era darle de comer a una araña a la que llamaba Lulú.

Lulú vivía en su telaraña y se paseaba por la ventana. Yo le ponía hileras de migajas de pan que traía de la casa de doña Ruby. Me sentía afortunada por poder llevarle



ese obsequio y por observarla tejiendo su majestuosa tela. Lulú era chiquitita, pero rabiosa; aunque no se comía el pan, tenía el descaro de enfurecerse con las hormigas que iban por él. Yo me decía: «No come, pero tampoco comparte. Las pobres hormigas tienen hambre y Lulú, en lugar de dejarlas comer, se las come a ellas». El llanto y la culpa se adueñaban otra vez de mí, ahora por llevar ese pan desmoronado que provocaba el enojo de la araña y la muerte de las inocentes hormigas. Mis súplicas de perdón en el techo de la iglesia eran cada día más sentidas. Estoy casi segura de que por eso crecí creyendo que pedir perdón y perdonar son actos muy necesarios para vivir en paz.

Un día la araña dejó de moverse y vi cómo se la comían las hormigas. Sentí una gran tristeza. También enfado, ira, desesperación. Quería quemar a las hormigas con una veladora que estaba encendida en la mesa de noche, pero me dediqué a llorar por Lulú y me quedé dormida. Cuando desperté, empezaba a caer la tarde y hacía mucho frío, la vela se había derretido y las hormigas ya no estaban. Al menos, pensé, no las había quemado. De Lulú no quedaba nada, ni siquiera la red de seda con la que tantas veces yo había creado rutas de viajes fantásticos a sitios lejanos e indescriptibles. Me figuraba que ponía sobre la tela recortes de revista de barcos y carros y trazaba caminos para visitar los lugares más hermosos que una niña como yo pudiera imaginar. En medio de mi tristeza me entretuve quién sabe por cuánto tiempo, dizque viajando a una isla de telarañas con la esperanza de encontrar a la mamá de Lulú para contarle que su hija había muerto.

Un estruendo me devolvió a la realidad. Ya había anochecido y oí a mamá, mi mamá, caminando con un hombre por el largo pasillo que llevaba al cuarto.

Cada vez que la oía venir, corría al techo de la iglesia y me quedaba allí acostada, respirando bajito, para que no me descubriera. Ella entraba siempre con hombres diferentes y yo desde mi escondite escuchaba todo: sus gritos y gemidos, su llanto y sus carcajadas, sus golpes, su ira, su calma. No podía soportarla. Muchas veces quise lanzarme del techo para desaparecer, pero nunca fui capaz.

Hacía un frío espantoso, de esos que te arrugan hasta la punta de los dedos. El cuarto apestaba a basura y mi olfato, agudizado por el miedo, los percibía a ella y a él, su licor y su euforia cada vez más cerca de mí. Los segundos se convertían en eternidad. Ellos tenían un hambre voraz que saciar, un hambre cuyo olor mi inocencia reconocía y temía. Yo ya sabía lo que ella hacía con los hombres que entraban a nuestro cuarto. Sabía lo que hacían con sus cuerpos, lo había visto y escuchado una y mil veces, y sin saber cómo se llamaba eso, no lo quería para mí.

Tengo intacto el recuerdo de cómo intenté correr cuando escuché que venían, cuando los olí, cuando entendí que se acercaban. No supe qué hacer: la ventana estaba cerrada, el frío me entumecía los dedos, la muerte de Lulú me había agotado. No quería permanecer allí, pero tampoco se me ocurría cómo huir. Me sentía pesada, débil, asustada.

Me metí como pude bajo la cama, el corazón latiéndome tan fuerte que golpeaba el piso. La puerta se abrió y vi desde mi escondite el reflejo en el vidrio roto, se besaban. Descansé: no se habían percatado de mi presencia. De repente, silencio. Vi que la sombra del hombre rodeaba mis pies, y no tuve tiempo de esconderlos. Él me arrastró, me levantó y me tumbó en la cama de un golpe.

Les pedí perdón. Ella lo miró, me abrazó y empezó a hablarme con la dulzura de una mamá, la mamá que nunca

fue. Pensé que todo estaba aclarado. No entendí por qué ella me acariciaba mientras me subía el vestido, ni por qué él mojaba mis manos con la saliva de su lengua mientras ella me sostenía con fuerza la boca para que no gritara. Él se desabrochó la correa y se quitó el pantalón y puso mis pequeñas manos en lo que para mí solo era un trozo de carne duro y baboso y yo apreté los ojos con fuerza para no ver nada y él se arrodilló y ella me tapó la boca y él sostuvo con sus manos mi vientre y el trozo de carne entró en medio de mis piernas sin misericordia y ella lo besaba a él y ella me tocaba y yo no entendía qué estaba pasando. Moje el colchón por primera vez, lo mojé con sangre delante de mi mamá. Y por primera vez ella se sintió feliz conmigo y con mi existencia.

En la madrugada me envolvió el cuerpo un dolor como la eternidad, como la muerte de la que hablan en las iglesias, como el martirio de santa Inés, patrona de las adolescentes. Con la diferencia de que ella, en el momento más aciago, pudo pronunciar una sentencia para sus asesinos, y a mí no se me consintió palabra alguna.

Cuando el sol alumbró mi rostro abrí los ojos muy despacio, como quien no quiere ver lo que sabe que va a ver. Estaba tesa como una estaca sobre el colchón sucio y ensangrentado, y ellos dormían a mi lado. Intenté moverme, pero las piernas no me respondieron. El dolor me retorcía por dentro, no me quedaban ni voz ni aliento. Me sentía inmunda, como una rata comemierda que alguien aplastó en un basurero. Mi cuerpo apestaba a orines y a bicho muerto. Eso era yo, un bicho muerto en vida, hija de una rata hambrienta que había devorado a su propia cría.

Permanecí en silencio unos instantes, observando si había manera de llegar al techo para lanzarme sin que ellos

despertaran, pero el dolor me adormecía; esta vez ya no era la cobardía lo que me impedía desaparecer. Supongo que dormí muchas horas y muy profundamente. Cuando desperté, desnuda y acurrucada en un rincón, no estaban ni ellos ni el colchón.

No volví a ser la niña que jugaba con arañas y con su amigo imaginario, la que le pedía perdón a Dios por haber nacido. No volví a creer en nada, en nadie ni en mí. Durante muchos meses, con sus días y noches, me pregunté y le pregunté a mamá qué había ocurrido. Ella me golpeaba contra las paredes y me advertía que si le contaba a alguien me freiría viva en la inmensa paila de cobre destinada a los niños malos.

Una vez al mes la luna llena se posaba, mágica, frente a mí. Desde la ventana la veía bajar y cubrirme con su luz. Me parecía recibir su abrazo; el dolor de mi alma alucinaba con un amor maternal que jamás conocería. La inocencia y la ingenuidad de mi niñez permanecían intactas entre tanta podredumbre.

Doña Ruby me preguntaba con insistencia qué me ocurría, por qué ya no jugaba ni hablaba. Una tarde llegó al cuarto con bocadillos y colada y no quise ni probarlos. Como si supiera, me abrazó fuerte y me dijo: «Tú tienes el poder de irte al lugar que desees. ¿A dónde quieres ir?». Le respondí que deseaba con todo el corazón ir a la paila de cobre. Quiso saber más, y le expliqué que era el lugar donde mi cuerpo podía freírse. Muy conmovida, salió diciendo que iba a hacer una llamada.

Esa hermosa anciana movió el cielo y la tierra para que un instituto de atención a la niñez me sacara de la calle del Cartucho. Hasta el día de hoy siento en mi alma que fue un milagro que la divinidad, el creador de la naturaleza,

el universo todopoderoso, las estrellas que nos iluminan, la tierra que es la madre de todos, mi padre sol, y la luna, de quien yo era hija en mis sueños, hicieron posible para llevarme a un mundo nuevo y desconocido, inalcanzable por mí misma. Un nuevo hogar, al que llegaron mi alma descuartizada y mi cuerpo insignificante para convertirse en el hábitat de un espíritu invencible.







Ana Luisa Muñoz Ortiz

Nací en Cartagena de Indias y crecí entre Pablo VI I, Santa Rita y Torices, barrios que considero mi nación y que constituyen la geografía creativa de mi trabajo artístico y el epicentro de la invención de mi identidad afrocaribeña. Soy comunicadora social y en 2022 recibí en Nueva York, donde vivo, el título profesional de Tech Project Manager a través del Columbia Engineering Technology Project Management Boot Camp.

He gestionado en el Caribe colombiano proyectos culturales, artísticos, educativos, comunitarios y corporativos con enfoque de género, raza y clase. En 2020 participé en la cocreación del libro *La urgencia del consuelo*, mi primera publicación literaria. En 2021 publiqué, con la colaboración de varios colectivos feministas, otras escritoras y la Fundación Heinrich Böll en Colombia, mi segundo libro, *Feminismos andantes*, donde empecé a darle voz y sentido a mi postura feminista.



Al mediodía, tres disparos y el pitido de la olla a presión despertaron sobresaltada a Candelaria.

–¡Ven, niña! ¡Corre, corre! ¡Ven, niña, ven! Escóndete aquí y quédate callada –le ordenó a su hija de diez años.

Alma tropezó con dos latas vacías que utilizaban como baldes para recoger el agua de las goteras cuando su madre la jaló por el brazo derecho para que se ocultara donde su dedo apuntaba.

>

Como de costumbre a principios de noviembre, el cielo rompía en agua y las vías de arena se convertían en corrimientos de fango. Desde la calle, atravesando el callejón donde estaba la casa, llegaba el sonido de las botas negras que se abrían paso sobre la tierra mojada. Candelaria se escondió detrás de un armatoste metálico de tres pisos que hacía las veces de pared divisoria entre la cocina, la sala y el cuarto. En el primer nivel dormían dos pollos y un gato; en el segundo se acomodaban dos cajas de madera improvisadas para almacenar la yuca, el ñame, el plátano y la papa, y en el tercero se arrumaba todo aquello que había pasado a ser inservible. Candelaria se asomó sobre el trasto oxidado, estiró los labios, se puso el dedo índice en la boca, miró a Alma y le ordenó guardar silencio y ocultar la cabeza. Los ojos de la niña parecían abrirse más, no por asombro, sino por curiosidad. No se movió ni un segundo, pero su cabeza aún sobresalía debajo de la cama de tubos donde estaba escondida. Candelaria caminó seis pasos hasta llegar a la entrada, inclinó el cuerpo para no ser vista y miró por la esquinita de la ventana.

—Parece que ya se fueron. Sal de ahí y cámbiate de ropa, nos tenemos que ir.

—¿Para dónde?

—¡No preguntes y vístete rápido! —ordenó Candelaria—. Te vas a quedar donde Doris hasta que yo regrese del trabajo. Ayúdala en lo que necesite. Pregúntale si puedes trabajar con ella, te dará comida o plata. Así vas aprendiendo cómo es que se gana la vida.

Alma jaló una caja plástica guardada debajo de la cama, sacó a tirones unos vaqueros y una blusa, giró el cuerpo, le dio la espalda a su madre y se vistió refunfuñando y manoteando. A Candelaria se le enfurecieron los ojos, frunció el ceño y alzó la voz.

–Sigue quejándote para que veas lo que te va a pasar. Aquí las reglas las pongo yo, y tú haces lo que yo diga que tienes que hacer. Punto. Así que ándate ligero, que ya escampó.

Alma enmudeció, bajó los hombros, guardó en su mochila una muñeca despeinada y caminó hasta la entrada con la cara embravecida.

–¡Vamos! –dijo Candelaria. Tomó la delantera, apresurándose hasta llegar a la entrada del callejón. Miró a través del agujero que había dejado una bala en la puerta de zinc. No vio nada. Abrió la puerta y asomó la mitad del rostro para corroborar que no había nada. Al salir, se persignó.

Caminaron loma abajo saltando los charcos uno tras otro, apoyándose en las piedras que la corriente había arrastrado y dejado atascadas en el camino. Candelaria iba adelante, afanada, intentando escabullirse del sol bajo los árboles que sombreaban el sendero. Alma seguía a ritmo agitado cada paso, quedándose estática cuando aparecían de repente, entre los callejones abiertos y las esquinas, hombres con uniforme verde oscuro, casco, botas y armas al descubierto.

Candelaria se detuvo un momento y giró la cabeza para asegurarse de que Alma aún la seguía. La miró por la comisura de los ojos, indicándole que era el momento de tomar su mano. La niña escuchó el sonido de un helicóptero que se aproximaba, alzó la mirada al cielo y saltó con la mano izquierda en el aire cuando el aparato pasó por encima de ella.

–¡Apúrate! ¿Qué haces? No es tiempo para jugar, ¿o es que no te das cuenta de lo que pasa? –dijo Candelaria entre dientes.

Alma empezó a llorar. El rostro se le empapó de dos aguas: las lágrimas y el sudor habían formado un río que corría a lado y lado de su nariz, atravesaba el surco de sus pequeñísimos labios y se mezclaba en ellos con un líquido más espeso que se desbordaba por el margen de la boca hasta llegar al cuello. Inhaló, cortándose a sí misma las palabras, y retomó entre sollozos los pasos de su madre.

—Quisiera poder volar para alcanzar ese avión e irme a donde van los pájaros cuando ya no quieren sentir miedo —dijo.

—Los pájaros vuelan para buscar comida o dormir, no porque sientan miedo —replicó Candelaria mientras golpeaba el pasador contra la reja de la casa de Doris—. ¡Comadre, ya llegué! ¡Ábrame, que este sol está caliente!

—Así de loco está este clima, coma': después de un aguacero torrencial sale ese sol que lo quiere como ahogá' a uno —respondió Doris desde el fondo de la sala, encaminándose a la terraza.

Doris abrió la verja y le dio paso a Alma.

—¡Gracias, coma'! Cuando baje el sol la recojo —dijo Candelaria—. ¡Me avisa cualquier cosa!

...

Alma se quedó pasmada en la puerta observando el charco de agua espumosa que salía del tanque oxidado donde Doris lavaba a mano cientos de botellas.

—Ven acá, hija, ven acá. Ayúdame a llevar estas botellas que ya están limpias al patio, y ponlas en el tenderete que está al fondo para que les dé el sol y se sequen —dijo Doris mientras trancaba la puerta con seguro y jalaba un banco de madera para reforzarla.

Alma dejó su mochila en el suelo y empezó a trabajar. Metió las botellas, una por una, dentro de un costal,

cuidando que no repicaran contra el piso y se quebraran. A ratos miraba a Doris, que desde el otro lado de la sala la vigilaba y le preguntaba cuántas botellas había contado y cuánto tiempo más le tomaría acabar. Cuando terminó, Alma arrastró el bulto a través de la sala parando cada diez segundos, fatigada, para tomar aire y continuar hasta el fondo del patio.

Junto al tenderete, empezó a sacar las botellas de la misma forma en que las había metido. Tarareaba a retazos cancioncitas infantiles y se limpiaba el sudor de la cara con los dedos. De pronto escuchó un bisbiseo al otro lado del patio y paró su labor. Con paso sigiloso empezó a trepar por la pendiente donde estaba el tabique que dividía el patio de Doris del terreno baldío contiguo, en el que no había más que una casucha de paja abandonada y luego el vacío al borde de la montaña. Cuando se acercó, el cotilleo se hizo más claro: un grupo de hombres se reía en voz baja mientras uno de ellos fanfarroneaba sobre una mujer.

–Me la encontré en el camino. La muy tonta se sorprendió y salió a correr, así que me fui detrás de ella y la atrapé entre los callejones que van al arroyito. Intentó gritar, pero a esa hora ninguno de estos asquerosos que vive por aquí va a salir a defender a nadie, son tan cobardes los desgraciados que solo rezan... Se me zafó de las manos, pero le di un cachazo en la cabeza que la privó de una vez –contó el hombre entre risas.

–¡Mejor! Así ni ruido hacía... –dijo otro.

–Ahí aproveché y le quité la ropa y comenzó la diversión. A estas negras lo que les falta es un buen macho que se las ponga bien puestas, para que no se olviden de lo que es un polvo de verdad... –continuó el que relataba.

–¿La dejó ahí o se la llevó, mi sargento?



–¿Cómo se te ocurre? ¿No sabes que la diversión se comparte? –replicó entre risas el sargento–. Ayer estaban de guardia conmigo los dos cabos de la loma arriba, así que les pasé el regalito para que lo desaparecieran. A ver si ustedes se ponen las pilas, muchachos, que entre tanta mierda no se nos olvide que en estas tierras todo es nuestro.

Alma tropezó con dos peñones que estaban detrás de ella, cayó y un grito lamentoso salió de su boca. Sintiendo amenazados, los hombres empuñaron las armas y cruzaron miradas de complicidad. Uno de ellos caminó con cautela hasta el tabique de Doris y se asomó por encima.

–¡Es un pajarito hembra! –gritó cuando vio a la niña tirada entre el matorral.

–Tú y tú, a la puerta de la casa: entren y acaben con cuanta mierda encuentren. Tú y tú, por el patio: cójanla y tráiganmela viva –ordenó el sargento.

Doris no había terminado de llegar al patio cuando el sonido del fusil irrumpió en la casa y derrumbó la puerta. Dos hombres ya estaban adentro cuando ella quiso auxiliar a Alma. Tomaron a la niña por las piernas y la arrastraron entre el matorral, pegándole patadas hasta hacerla sangrar. Los otros dos descargaron sus armas contra los chécheres de la casa. Uno tomó a Doris por el pelo y sacó un cuchillo mientras ella suplicaba. Le cortó la cara y los brazos, la pateó en el estómago y las costillas, le rompió una botella en la cabeza, la arrastró hasta el almendro del patio, la ató al tronco con el cable donde ella tendía la ropa y la remató con la cacha del fusil. Alma perdió la conciencia. Los hombres tiraron su cuerpo liviano por encima del tabique y se la llevaron loma abajo.

...

Candelaria estaba de rodillas restregando los retretes de una oficina; sus manos arrugadas y ardientes de blanqueador agitaban un trapo desde el piso hasta la superficie amarillenta que los cubría. El supervisor, de pie detrás de ella, le miraba las nalgas mientras le hablaba.

—Mamacita, cuando termines el baño, lava los platos y organiza las mesas. Hay que fregar los suelos del piso quinto y el sexto. Y no se te olvide ofrecerles café o agua a los trabajadores y a los clientes. Como estamos en recorte de personal, te tocará hacer un poquito más.

—¿Usted sabe si me pagarán horas extras, jefe?

—preguntó ella.

—¡Ja, mujer! Ustedes sí que cogen confianza ligerito, no se les puede hablar lindo porque ya creen que uno va a hacer todo por ustedes. Termina el baño lo más rápido que puedas, necesito que esos dos pisos queden limpios cuanto antes. No habrá pago de horas extras ni aumento —objetó el supervisor, caminando alrededor de Candelaria con los ojos verdes incrustados todavía en sus nalgas.

Ella se sumió en un silencio abrumador, y luego susurró para sí: «A esto viene uno a la ciudad, ¡a que lo jodan! Pero esta es la vida que me tocó». En sus ojos se reveló el dolor, pero continuó fregando.

Su celular sonó.

—Cande, te habla Domingo.

—¿¡Domingo!?! ¿Y tú por qué me estás llamando? ¿Le pasó algo a Doris? —preguntó, extrañada.

—¡Ay! Yo no sé cuándo se va a terminar esta mierda... ¡Nos están acabando, Cande, nos están acabando!

—¡Cálmate, Domingo! ¿Qué pasó? Dime, ¿qué tienes?

—¡Ay! Yo... es que... Doris... ¡Ay! Cande... ¡La mataron, la mataron, la mataron! —dijo Domingo entre lamentos.

–¡Alma! ¡Alma! –clamó Candelaria con desconsuelo, rompiendo en llanto–. Estaba con Doris. ¿Dónde está Alma, Domingo? ¿Dónde está Alma?

–Aquí no había nadie. Se la llevaron.

–¡Dios mío! ¿Padre santo, por qué? ¡Mijita!

Al terminar su turno, Domingo había ido directamente a casa. No encontró sino un montón de ojos asustados pariendo la verdad y un alboroto de sangre y tierra dentro de lo que quedaba de su hogar. Pronunció el nombre de su esposa dos o tres veces. Cuando se vio frente al cuerpo de ella atado al almendro gritó y el mundo supo que Doris estaba muerta.

Candelaria tomó sus cosas y salió corriendo. Se fue rezando todo el camino. Imaginó por un momento que al llegar a casa de Domingo encontraría a Alma diciendo que había ido a hacerle un mandado a Doris y se había distraído por ahí. Pidió al cielo y a la tierra y a los ángeles y a los santos que la protegieran de todo aquello que imaginaba, que la anidaran en aquel cielo acuoso donde Alma soñaba nadar y volar al mismo tiempo. Tenía en el pecho la piel teñida de culpa, en la garganta atorado el verbo, en la mente la tristeza alborotada entre los recuerdos, en los ojos reflejado el pavor. Pensaba que lo había olvidado todo, que el agua de ese río donde se había bañado durante un ritual había borrado de su cuerpo el rastro de aquellos hombres que entraron en su casa, la de su pueblo natal, cuando todavía crecían los naranjos y esas cosas no se veían. Imploró fuerza a sus muertos, los que vieron los rostros de sus asesinos la noche que ella sobrevivió. Encontró a Domingo aferrado al cuerpo amordazado de Doris, sus ojos teñidos de fuego mirando fijamente la tierra cubierta de sangre. Sin Alma.

Desesperada, Candelaria interrogó a los vecinos y a los militares. No había testigos. Caminó loma arriba y loma abajo, por los barrios aledaños y las orillas del arroyo. Llamó a su hija a gritos, preguntándose si la niña podría oírla, o...

Se hacía de noche y el peligro volvía a rondar. Cuando Candelaria regresó a casa le temblaba todo el cuerpo y le sudaban las manos. Imaginó escenarios de esperanza y escuchó, en medio del delirio, la voz de Alma. El cristo de madera estaba en el piso. Pensó que era una señal divina, tuvo el presentimiento de que su hija estaba viva. Pero dudó.

—¿Dónde estás? ¿Dónde estás, Dios mío? ¿Para quién reinas si aquí estoy, abatida y necesitada, y no apareces? ¿A quién le hablo, si no me escuchas? —clamó arrodillada, con las manos y los ojos elevados al techo.

...

Candelaria se pasaba los días yendo y viniendo. Buscaba a su hija por las calles, pedía a los periódicos y noticieros que publicaran su foto, llamaba a las emisoras para solicitar ayuda, le prendía velas al cristo, olía las ropas y las muñecas que se habían quedado entre las cajas, le hablaba al retrato de Alma. Se sentía inútil, impotente por no estar donde ella estaba.

Una tarde se recostó en el cabezal de la mecedora, cayó profundamente dormida y soñó. Alguien golpeaba a trancazos la puerta del callejón, una voz la apresuraba a abrir. Ella despertó de un brinco y nombró a su hija. Cuando abrió la puerta, un carretero ensopado por el calor la esperaba azarado.

–Su hija, casera, ¡su hija está viva! La encontraron unos jornaleros vagando cerca de un caserío detrás de la loma. ¡Corra, case', corra que es ella!

Candelaria cogió una sábana y lo siguió.

Alma estaba desorientada, a su alrededor se había amontonado un gentío. Candelaria se abrió paso entre la multitud, llamándola a gritos. Cuando vio a la niña, se arrojó a sus pies y se aferró a su cuerpo dilacerado.

–Te amo –le dijo.

Alma la reconoció y extendió los brazos.

–Mami, quisiera tener alas para volar al cielo y desaparecer.

–No digas eso, mamita. Estás viva, y yo estoy contigo –le contestó Candelaria entre lágrimas, acurrucándola en sus brazos.

Cubrió a la niña con la sábana y la cargó todo el camino de regreso a casa. Los curiosos las siguieron, ansiosos de saber si Alma sobreviviría. Semanas más tarde, la historia todavía se contaba en las calles en infinitas versiones. Unos rumoraban que algo había hecho la niña para que aquello le pasara; otros insistían en que era producto de su calentura, de las ropas que llevaba, porque la pubertad enloquece a las muchachas; otros afirmaban que había incumplido un pacto con el diablo, y que este se lo había cobrado con tamaña barbarie. Lo único que les quedaba, decían, era rogar al que está arriba para que el demonio no llegara a su puerta.

Alma no hablaba, no comía, no se bañaba. Tenía pesadillas de monstruos cubiertos de lodo que se alimentaban de ella, de sus tetillas apachurradas, de su estómago, de su cara. Se despertaba dando alaridos y corría

a esconderse debajo de la cama. Entonces Candelaria prendía una vela, extendía los brazos en el suelo, sacaba a la niña y oraba con ella. Abrumada, retenía las lágrimas, se guardaba todo el dolor en el pecho y abrazaba a su hija.

...

El tiempo endureció la vida. En el cuerpecito de Alma comenzó a formarse una barriga del tamaño de una pelota pequeña. El sargento se dio por enterado al oír murmurar a dos mujeres en una requisa en las lomas.

—¿Qué mierda acaban de decir? ¡Hablen, negras!

—La niña está viva, mi señor, está viva y embarazada... dice la gente.

Antes de que terminaran de contarle, el sargento ya se había ido. Partió la puerta del callejón que daba a la casa de Candelaria y se encaminó hacia la entrada. Madre e hija corrieron a esconderse, ambas tapándose la boca con las manos y apretando los ojos. El hombre entró, revisó y rompió todo. Asomó la cabeza por debajo de la cama, levantó a Alma y la lanzó al piso. Cuando Candelaria lo empujó, la agarró a trompadas.

—¿Qué quiere? ¿Qué es lo que quiere? ¡Ya! ¡Basta! —rogó ella.

—Porquería, ¿quiere que la mate? —gritó el sargento jalándola del pelo.

—¡No! ¡No! ¡Ya! ¡No más! ¡Ya basta! ¡Basta! ¡Por favor!

—Deshágase de la maldita barriga de esta asquerosa si quiere seguir viviendo. ¿Me escuchó? ¡Pobre de mierda!

—ordenó el sargento, y golpeó a Candelaria en la cara.

Cuando él salió de la casa Candelaria cargó a Alma, la acostó en la cama y le dio un beso en la frente. Luego viró la cabeza hacia el cristo de la pared y dijo:

–¡Tenemos que irnos! ¡A este cerro ya no llega Dios!

Huyeron esa misma noche de finales de enero.

Candelaria pensó que la historia se repetía, que todo aquello le recordaba su pasado, ahora en otro cuerpo, que su destino era otra vez la nada. Dos días más tarde, angustiada, llevó a su hija a un puesto de salud clandestino, de donde se veía entrar y salir niñas, jovencitas y mujeres adultas como si asistieran a un ritual limpiador. Las paredes estaban pintadas a mano. Las sillas de espera eran plásticas y viejas.

Los ojos de Alma habían perdido la brillantez del sol de la inocencia; en su cuerpo roto y abultado no quedaba ya ni una huella de la niña que era. Ahora se distribuían sobre ese territorio quemaduras de cigarrillos, rasguños, golpes, cicatrices, aberturas, tristezas, dolores y los sueños rotos de nadar y volar.

–Mami, te quiero –dijo antes de que se la llevaran al cuarto del fondo que servía de quirófano.

Allí había una antigua cama quirúrgica cubierta con plástico azul, un banco para subirse a ella, una caneca a cada lado, una lámpara con ruedas, un nochero de cuatro puestos donde se guardaban los utensilios médicos, varios recipientes de cocina plásticos con algodón, alcohol y gel antibacterial, un pequeño baño con luz amarilla. Ahí estaba tendido el cuerpo de Alma, abierto de piernas a la ciencia de la clandestinidad, al mundo de lo que toca porque eso es lo que hay y no hay para más.

• • •

Las brisas de febrero levantaban todo a su paso: polvo, flores, cabellos, hojas. Zumbaban entre los espacios abiertos de casas y techos, derribaban puertas y ventanas. Candelaria sintió el viento entre los dedos y empuñó las manos como

queriendo atraparlo. Cuando la enfermera corrió hacia ella, dejó ir el aire que fantaseaba sostener, recogió del suelo un bonche de trinitarias y apresuró el paso hasta la habitación. Al ver a su niña, todo se detuvo. La acunó entre sus brazos, aferrándose al cuerpo sin vida, y le persignó la frente. Sacó de su bolso una botella plástica con agua bendita y le bañó la cara. Pensó, al ver el agua correr, que el rostro de Alma se convertía en un río rojo y espeso. Cuando las lágrimas por fin pudieron salir de sus ojos, Candelaria soñó que eran la lluvia que alimentaba ese río. Se dejó correr entre las aguas y se rebosó, sufriendo con terror y desesperanza todas sus pérdidas. Supo qué era morir en vida. Quiso, por un instante, acabarse de una vez por todas y ser alimento para la tierra. Cerró los ojos e imaginó a Alma volar a ese lugar al que siempre había anhelado escapar; deseó escucharla contar cómo era ese mundo, esa imposibilidad. Comprendió por fin, con humillación y desconsuelo, que los pájaros también tienen miedo de morir.

—Lo siento mucho, doña. No lo soportó —dijo la enfermera.

—Tengo el corazón inundado y el alma muerta, hija.

—¿Qué hará con el cuerpo? ¿Sabe a dónde lo llevará?

Candelaria entendió que estaba sola. No en la soledad de no tener a nadie, sino en la soledad de sí misma. Se recogió con una moña el pelo alisado y se secó la cara empañada de lágrimas antes de responder.

—Voy a ofrecérselo a la tierra para que se junte con todos mis muertos en el lugar al que pronto llegaré yo también.



LA MUJER AIRE



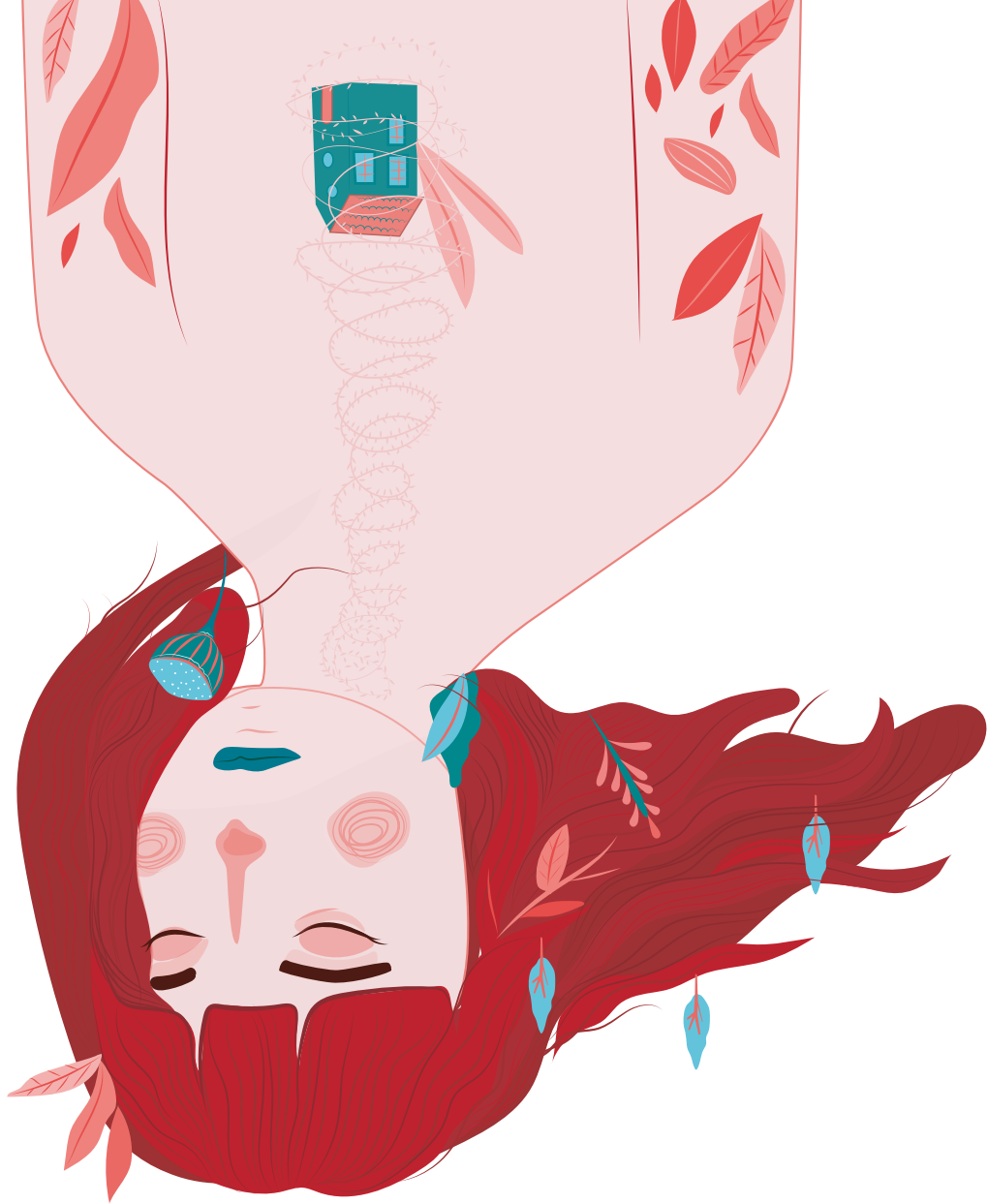
Alexandra Molina Trujillo

Soy redactora y aspirante a feminista. Soy voraz: tengo hambre del mundo. He ardido en mi capacidad de darlo todo, lo que me ha llevado a bordear los umbrales y cruzarlos hacia ese lugar donde se es alguien, donde se pertenece.

Me gusta la gente, su dignidad, su larga lucha. Me gustan los brazos de las mujeres, su fortaleza, la voz de mi madre. Me gustan los hombres y las mujeres que honran la vida. Me gusta conversar, enseñar y aprender. Me gustan el viaje y la polifonía de lo que puede pasar.

Me gustan las personas que me desafían constantemente hasta algún límite en el que solemos pedir misericordia a las diosas, nos sentimos solas y desamparadas, nos hacemos mil preguntas e inquirimos a la noche por una conversación honesta donde examinamos nuestra orfandad. Donde no tenemos más que nuestra cabeza y los libros, las historias.

Soy, de alguna manera, todo aquello que me gusta.



Para que el huevo atravesase los tiempos existe la gallina.
Las madres son para eso.

CLARICE LISPECTOR, «Actualidad del huevo y la gallina»*

El cuento no cuento es mi
espejo. El espejo de la madre
que soy y que no soy, de las
madres que tengo y no tuve.

...

Una noche soñé con una
mujer adulta. La mujer
tierra. Dormía en una playa,
tal vez de Brasil, tal vez de
Colombia. Una mantita azul
turquí la protegía del

* *Revelación de un mundo*. Adriana Hidalgo Editora, 2011.

amanecer esquivo a su propia luz. Me acerqué para despertarla, vi sus cabellos grises y largos, le dije que entráramos a la casa porque hacía frío. La casa era un carro enorme, también azul, sostenido por unas escaleras interminables que lo mantenían equilibrado a unos diez metros de altura. Esa casa era el hogar. Yo tenía miedo, luego yo era ella, luego ella era otra mujer, quizá mi abuela. Entonces, decidida, soltaba su manta y empezaba a trepar, y yo la seguía. «No mires hacia abajo», le decía yo, cuando ella ya clavaba sus ojos en lo que iba dejando atrás. Él regresa al cuarto, me besa. Voy al baño.

• • •

Es verano, pero llueve. Me veo en el espejo. El baño reducido, la pobre luz que viene de la claraboya improvisada regándose en las paredes. Soy una mujer de treinta años que no acepta el mechón teñido de rubio que cae rebelde en su cara. Luego está la niña. Sentada en algún lugar de mi memoria. Una niña de cinco años que se ve a sí misma en el cuadrado de una habitación sin luz y poblada de chécheres. Juega con una muñeca rubia vestida de rosa. Percibe una sombra, alguien avanza con pasos distraídos. En los pueblos las puertas que dan a la calle permanecen abiertas. Confianza. Entorno común.

La niña experimentó en sus primeros años la estricta preparación para ser madre. La veo: abandona la muñeca por un momento en la cama y avanza hacia un anaquel, empina los pies y toma dos tazas de café y un platito rosa que se encuentran en el estante viejo de su tía, la que está casada con un señor alto al que la niña no le tiene miedo, al que la niña quiere y llama tío. La niña entiende la vivencia como un sueño y juega en una obra de teatro. Es

la protagonista. Se sirve el café y se lleva una taza a la boca. La otra queda desamparada en la cama. Son diminutas.

Hay un estruendo como de tambor.

«Tranquila, tumbaron la lengua de suegra de la sala. Ya la recojo», me dice él con voz adormilada. Vuelvo a mi rostro. El mechón no es problema si me detengo en el ojo derecho. Me acerco más y descubro una pequeñísima mancha blanca. Parpadeo. La mujer que soy ve a la niña que fui. La niña experimenta lo que es para volverse gallina. Las agujas de los relojes marcan su paso desorientado por la vida. En el universo no hay horas... o tal vez... Entonces vuelvo a la habitación sin luz y a la niña.

Oigo los pasos distraídos que cruzan el umbral de la puerta y de pronto se convierten en una silueta grande de hombre. Un adulto del barrio, el amigo del esposo de la tía, entra en la habitación sin ventanas y busca a la niña de cinco años. Está borracho.

...

Debo ignorar la alerta, si como más zanahoria y uso gafas de sol, la mancha muere. Estoy segura.

Abro la llave. Creo que antes no había asumido el deseo como algo dado porque se me negó. El agua cae sobre mí y se hace tibia, se me escurre entre las manos, así como algunos recuerdos. Calmo un poco el sopor de este animal salvaje que es el clima de la ciudad.

Sí, a mí se me negó. No supe claramente, sino ahora de grande, que se podía tener voluntad de vivir, que se podía crear y amar, amar como una acción. ¿Amar es recoger la tierra húmeda y las raíces de una lengua de suegra para volverlas a sembrar? Tal vez sí que he sido amada profundamente, por una tía y un abuelo. Ahora

por él. Entiendo a la gente que no supo amarme; de todas maneras, nadie enseña nada del amor. Solo películas que nos dicen de las cosas que echamos de menos de la gente que queremos, del sentido del humor, de la rabia, de la imposibilidad de ser superhéroes. Tenemos referentes equívocos.

En la casa no había televisor. Él lo trajo y ahora suena el programa de las seis de la mañana. Por eso la gente no crece del todo improvisando, por las novelas, por las películas, por los libros que me habitan la casa, por las revistas también... a lo mejor. Así debe ser como empieza a sentirse el suave olor de lo que confundimos con amor, con lealtad. Lo conveniente es la disidencia, apartarse del camino y comenzar a andar uno nuevo con un cuerpo que reconozca, más allá de la historia fácil, el lugar del amor traspasando el carácter de la gente floja. El placer es un límite. El placer no es el deseo. Puede que el placer quepa en el deseo realizado. Ahora, el placer tampoco debe cargar con la vergüenza. El placer no es amor y puede ser escandaloso, puede hacernos sentir culpables.

Entonces pienso que el deseo es más grande. Desear es la lucha continua por fundar algo. Es cuando nos rompemos desde dentro y dejamos de ser infiltradas para hacer que pase por fuera de la impotencia y la contención. El deseo que hay que reinventar, claro, sobre todo si antes nos marcan con huellas que hacen sentir culpa. ¿Mi madre-agua deseó?

Se cierra la puerta. Me quedo con el espejo. ¿Cómo sería la cara que puso mi mamá cuando se enteró de que la elegí? ¿La elegí como se elige una gorra para salir a la una de la tarde? Pienso en el papel que cumplo en mi vida, si es que eso es verdad, y el de ella, la gallina que Clarice

representa en alguno de sus cuentos: desocupada, tonta, miope. Realmente ella no fue del todo gallina. Mi mamá partió a los pocos meses del nacimiento de lo que había en el huevo. Por eso el agua, porque fluye, corre, ¿se corrompe? ¿Se pierde?

Lo que veo en el espejo somos ella, mi madre-agua, y yo: gallinas. Mujeres idénticas, por lo menos en lo físico. Aunque también fui huevo y entonces el huevo era ilimitado y era el mundo en su integridad. El todo es nada. En un rato me ocuparé del huevo masculino.

El motor del carro se enciende. El cierre negro de mi bolsa de cosméticos se traba. El espejo también tiene una mancha blanca. Entonces pienso en limpiar la memoria del huevo masculino. Ese huevo es el hombre que en mis primeros años de juventud me obligaba a acostarme con él porque según sus palabras eso hacen quienes se aman y se desean. El mismo que se caía de borracho mientras me gritaba «¡Perra, las perras como vos se quedan solas!». Sus aullidos cobardes retumbaban en un callejón añejo de la ciudad. Sí, el amor no puede coexistir con la crueldad. Limpio la mancha.

El huevo también puede ser el hombre que se ausentó durante los días de mi infancia, como lo hizo la gallina madre-agua. El huevo también es el hombre que con aliento apestoso a cigarro y alcohol me pasó su lengua hedionda por el rostro y llevó sus manos hacia mi sexo cuando yo tenía cinco años en la habitación oscura después de servirse café en una tacita rosa.

«No tengas miedo», escupió con saliva agria sobre mi rostro.

La niña que soy tiene miedo, siente el peso de un hechizo en el pecho, un sortilegio oscuro en la garganta que

no la deja respirar ni hablar. El rostro del espejo se envilece y gotea un lamento que llega al suelo y baja hasta la alcantarilla. Entra uno de los gatos, empieza a comunicarse con su cuerpo y su maullido, como de costumbre. Y entonces reconozco que el huevo también es el hombre abuelo que me habló del conejo pintor que saltaba por la vereda. El que me dijo que de grande iba a ser una gran maestra. El hombre debe ser el que acaba de irse en nuestro carro. El que sabe ser creador. El huevo que puede estar naciendo, el hombre poeta, el hombre cantor, el hombre sensible, el hombre que sabe mitigar el dolor.

¿Y la gallina madre-agua? Había tenido la valentía de vivir. Y yo, gallina grande, entiendo que no se sacrifica la vida por tener un huevo. Se opta, a lo mejor como ella, por alternativas; por ejemplo, ser huevo. Creo que puedo ser todas las cosas, también ser la gallina que se ha tenido a sí misma en la punta de los dedos y se ve girar y girar como un globo terráqueo en su eje.

Así es como soy, a la vez, la gallina que ha cesado de ser para el huevo y ser, en consecuencia, el huevo en un bucle. La que desea y construye. Soy la gallina perjudicial para el otro, la de los guantes siempre puestos. La que no descansa. La que también se daña a sí misma. ¿Por qué he vuelto al pensamiento? Ahora veo la multiplicidad del huevo, el infinito. ¡Doy a luz un huevo que soy yo! Suelto la bolsa, las sombras de los ojos se parten. No voy a maquillarme hoy.

Voy hacia mi cuarto, el cuadro de *El beso* me refleja la desnudez. ¿Qué es lo que me atraviesa a mí, a la niña que una mañana, años antes, mira detrás de la cortina mientras otros niños juegan a bañarse con mangueras en la calle

durante el carnaval? Un deseo. Las palabras. La niña que quiere ser una gallina creadora.

Se me está haciendo tarde. Veo que sí se marcan las horas, que el día avanza, que los gatos no tienen comida. Les pongo y se abalanzan sobre ella. Atravieso la sala, ya vestida de azul, y veo a la niña de ocho años junto a su madre tía-fuego. «Te prohíbo que te relaciones con los niños de la cuadra. El único hombre que puede entrar es tu padre», masculló haciendo referencia al padre huevo que iba de visita durante dos horas cada quince días.

Sin saberlo, la madre tía-fuego me enseñó a perder autonomía, a ser sumisa, a creer en la maternidad y la paternidad como cosas distintas al cuidado amoroso. Es por eso que el huevo no asume su paternidad, aunque realmente es porque ninguno entiende del oficio. Camino hacia la cocina y me encuentro el desayuno –jugo de naranja, huevos y aguacate– cuidadosamente tapado con una nota: «Buen día para ti, dulzura». La niña que fue recluida en un lugar donde parece no ser vulnerable sonríe, recuerda que la madre tía-fuego le explicó con su actuar la necesidad del control de los cuerpos y la valoración de la gallina, su preparación para ser la gallina sacrificada que cuidará a la madre tía-fuego cuando envejezca. La niña, en cambio, ahora es cuidada.

Las gallinas pueden ser eternas, invariables, sacrificadas, cíclicas. O pueden regresar a ser huevo y reinventarse. Mientras me como los huevos blancos y les echo un ojo a los gatos, que ya duermen plácidos en el sofá, me recuerdo concentrada en un ave a punto de volar. Sin juguetes. Un cuarto vacío, desierto en cuyo centro me acomodo. Cruzo los abandonos en busca de oasis: caravanas

de arrumacos, palabras, besos que irrigen el espacio con el imaginario de la gallina que deseé por madre. Ignoro lo que ahora de grande sé, cuando tomo un sorbo de jugo de naranja y vuelvo a mí: los desiertos son espacios de vida con sus formas propias, con sus ternezas, sus madrigales, sus conversas. Así pues, son los rigores y las intransigencias de la memoria. Y en ese ritual, como niña, canto, danzo, me pongo la mano izquierda en el pecho. Me marchó de una infancia rota y reparada y vuelta a romper.

Así nace una gallina creadora que garabatea. Tiene de nuevo ocho años y cuenta relatos en un cuaderno al que pondrá candado cada vez que termine de contar y cantar. Canta y se convierte en la futura mujer que escribe, que es anciana, joven, niña, que termina su desayuno y se sienta frente al computador.





LA CASA AZUL



Andrea Narváez Caicedo

La misma que canto y bailo. Nací en Timbío, Cauca, el 28 de julio de 1989. Soy mamá de Luis Eduardo, artista, tejedora, comunicadora social y periodista, gestora cultural, activista, feminista en construcción y escritora por vocación. He escrito cuentos y monólogos desde los quince años y he colaborado en varios libros y cartillas de cuentos. En 2012 gané el iv Concurso Nacional de Historias de Amor. Actualmente me desempeño como productora de mis proyectos musicales y personales y trabajo como promotora de lectura en la Fundación Casa de Letras, mi casa de sueños para operar desde mi pueblo, que es la sede de mis aventuras de crecimiento y juntanzas.



Se escucharon estruendos en cadena, sonidos silbantes y murmullos graves que parecían hablar. En todas las casas se iba metiendo el viento arrebatado, azarando y asustando a la gente, travieso y pícaro con las faldas de las mujeres, inquieto, como buscando llegar a un sitio específico. Con algún presagio quizás, o un golpe de vida o muerte que nadie sabría comprender. Al final de la cadena, el ventarrón azotó aún más fuerte las

puertas de una tienda de abarrotes y casi mata del susto a una mujer que estaba concentrada en la cocina tostando maní para venderlo en su tienda, la única de la vereda. De golpe largó la olla y se cayeron al mismo tiempo la tapa del café y las cucharas, y las cáscaras de maní volaron por toda la cocina junto con las servilletas recién desempacadas.

Una fotografía antigua en blanco y negro, enganchada con un alfiler sobre un *Almanaque de Bristol*, se desprendió fácilmente, se deslizó por debajo de una vitrina que contenía pan fresco y llegó hasta las manos de la mujer, que había empezado a ordenar con marcha lenta y resignada.

Apenas se podía ver quiénes estaban en la imagen roída por las polillas, sobreexpuesta, manchada con huellas y carcomida por el tiempo. Un hombre vestido de payaso con la boca torpemente pintada fingía sonreír. Sostenía una clava en cada mano, y sus grandes zapatos cabezones de cómico campestre con cierta gracia lograban atraer la mirada. A su lado, un hombre un poco mayor con una panza visible, no muy prominente, y ropa ceñida que parecía prestada, un chaleco oscuro y una boina vieja de donde salían un par de crespos que pasaban detrás de las orejas. Sostenía un megáfono antiguo y por su actitud parca, contraria a la del payaso, podía verse que intentaba sonreír. Luego una mujer; al parecer, la mujer del hombre del megáfono. Cincuenta años, tal vez. Vestido de lentejuelas hasta la rodilla, tacones, pelo esponjado y reseco. Miraba de reojo al payaso sostener las clavas. A su lado, una mujer mucho más joven, una niña tímida y simpática se agarraba el pie derecho por encima de los hombros con mucha facilidad; su vestido se desplegaba maravillosamente como un fino abanico de flores y colores. De lejos se veían en su brazo izquierdo unas manchas oscuras, como salpicaduras

de tinta negra, un sarpullido o alguna enfermedad rara. La palidez le acentuaba las ojeras. Sonreía tímida, aun cuando al parecer el fotógrafo les hacía monerías gritando alguna palabra típica de la foto agüita, revelada a la antigua: «¡Whisky!». Al fondo se alcanzaba a ver una carpa mediana, casi artesanal, sostenida por un par de barras metálicas donde colgaba un aviso con letras tipo Palmer: *Circo Encanto*.

«Tiene celos», susurró la mujer de la tienda, sentada afuera de su casa, luego de pasar el susto con una banana de anís y recoger el reguero que el viento había dejado en su altanería. La suya era una gran casa azul cielo que estaba justo en el punto en el que el camino se divide en dos, desde donde se ve la cordillera Central y se oye el viento pasar en medio de las cuerdas de alta tensión que atraviesan el verde paisaje.

Era una mujer mayor de ochenta años, pequeña y de piel canela como el indio de los cigarrillos Pielroja, con la cabeza llena de canas. Devota de la Virgen María, le temía y oraba al antiguo cuadro del purgatorio colgado en la sala y tenía una fe ciega en Dios. Por eso el color de la casa: por la pureza celestial de la Virgen. La mujer pensó en voz alta que el cielo, celoso, le mandaba decir con el viento que su azul era más bonito que el de la casa recién pintada. Por eso le azotaba las puertas, la asustaba y le susurraba cosas al oído. Ella, burletera, musitaba: «Machos tenían que ser: el viento y agosto».

Ese agosto era bien peculiar, más caluroso de lo acostumbrado y, sobre todo, lento y solitario. Las horas no pasaban, o estaban detenidas en algún trancón del tiempo. Solo el viento tenía licencia para andar haciendo lo suyo. La gente ya no iba a los ríos tanto como antes. ¿Sería

por el polvo de la carretera que los asfixiaba? ¿O por la inseguridad? Sabrá Dios por qué. Era distinto, y punto.

68/
69

La mujer sentada afuera de la casa tomó la fotografía con una nostalgia profunda que la hizo levantarse y ponerla entre la Biblia que estaba en el mesón de la cocina. Al volver a la banca, destapó otra banana de anís, se deleitó con el sutil sabor a aguardiente que le dejaba en la boca y empezó a cabecear, adormilada en medio del polvo que se levantaba en el camino. Entre su soledad y sus recuerdos, sin compradores de pan, cigarrillos o café, pensó: «¡Qué día más malo!».

A lo lejos, donde el camino agarra curva y desaparece, emergió una polvareda: tierra, hojas, ramas y todo lo que estaba en la carretera empezó a tomar vida en forma de un remolino estruendoso que danzaba con movimientos aterradoramente conscientes y vivos y de pronto se abalanzaba con ternura sobre las ramas de los árboles, o con rabia sobre los tejados mal puestos de los ranchos vecinos. Una manotada de hojas secas se elevó hacia lo más alto del cielo con fuerza y rapidez; una a una cayeron lenta y románticamente, como en las películas de amor. En su danza, el viento y el tiempo se detuvieron por un instante corto pero eterno y el polvo comenzó a levantarse, como el telón de un teatro, en medio de los murmullos y silbidos de la naturaleza mística.

Ya sin poder distinguir entre realidad y fantasía, la mujer se percató de una silueta oscura que en un soplo se descubrió como una joven que transmitía una inmensa serenidad. La espectral presencia recogió del camino un junco de flores polvorientas, las sacudió con ternura, pétalo a pétalo, y decoró con ellas su largo pelo recogido. Todo sucedía tan rápido que el instante era como un sueño vívido

que la mujer decidió disfrutar. Se sentó firme en la banca y abrió bien los ojos para ver mejor de lejos, con el ceño fruncido, si era cierto tal encanto.

El bello espectro volteó la cabeza hacia el paisaje montañoso y se quedó con la mirada fija en la meseta. Contó las casitas a lo lejos y se entretuvo siguiendo los caminos que se perdían en la cordillera. Los rayos del sol de la tarde que empezaba a caer llenaban de luz sus grandes ojos cafés. Un choque eléctrico atravesó el cuerpo de la mujer, quien sintió una cercanía sublime con la muchacha de las flores y un impulso loco de tocarla. No había nadie, solo polvo y árboles. Contuvo su impulso por falta de fuerzas, reduciendo su intención a un suspiro tan hondo que le agotó el ánimo y le aceleró el corazón peligrosamente. Entonces empezó a intuir que estaba muy cerca de lo que una vez dejó ir por miedo a que se lo robaran.

Una melancolía profunda estalló en recuerdos polvorientos y la mujer lamentó que se le agotara la vida en una tienda pobre de abarrotes y que su esfuerzo por salir a encontrar lo perdido no le alcanzara nunca. A la distancia, el espectro seguía mirando el horizonte, con los zapatos de goma en la mano y una ternura extraña que no se le quitaba. En una lágrima se concluyó que había vuelto ella, la ausente.

Estaba tan delgada que se le notaban de lejos las clavículas. Se le veía enamorada del paisaje y de las flores, como si hubiera estado en cautiverio toda la vida. Nunca le habían gustado los zapatos: era experta andando descalza por las piedras de río y los pastizales. Se llevaba la punta de los pies detrás del cuello y se reía diciéndole a su abuela que no tenía pies, que se los habían cortado. Así como

cortaron su inocencia muchas veces sin que nadie se diera cuenta. Tan llena de vida como de muerte, la ausente estaba amangualada con el viento para mostrarle a la abuela que había crecido y que quería curiosear por la vereda como antes. Sus gestos decían que estaba bien, que ya no había dolor ni remordimiento.

Pero la abuela sí sentía dolor, retazos de rabia por la violencia que le había arrebatado a los suyos. El miedo le hizo dejar ir a la entonces niña, su nieta y única acompañante, para que la guerra no se la fuera a robar y ningún ladrón se la pudiera llevar. En ese tiempo, los hombres armados que eran dueños de las veredas y caseríos no preguntaban nada. Águilas negras que oscurecían el cielo, se llevaban lo que querían e iban matando gente con sus fusiles. Los del bando contrario hacían volar los pueblos con pipetas de gas, carros bomba y otros instrumentos del terror. La gente era testigo y víctima del dolor.

Era tanto el miedo que la abuela quiso irse a otro lugar, pero era tanta la pobreza que no hubo cómo. Unos cirqueros que estaban de gira por esos lares quedaron encantados con la niña, con su lindo tono de voz y su increíble habilidad para doblar el cuerpo como un papel, y quisieron llevársela. Y ella, inocente, fascinada por el circo pobre, dijo a gritos que quería bailar y cantar cuando fuera grande, subirse a los trapecios y conocer el otro lado de la cordillera, por allá donde el sol se pierde tras la loma más alta.

Entre el miedo y la duda, la abuela le alistó maleta, empacó los chiros viejos y los vestidos más bonitos y floreados que tenía. Puso el destino en manos de Dios y la Virgen. La niña talento se fue en una combi destartalada dejando solo un espacio en la Casa Azul, una fotografía del

último espectáculo y la promesa de ir a ver a la abuela cada siempre. Aparecieron más canas, los militares invadieron el lugar, pasaron varios veranos y varios inviernos. Pero no llegó ella, nunca llegó ella.

Bañada en sudor, la abuela se preguntó por qué la niña no había regresado. Sabrá Dios qué le pasó en el camino. ¿Se cayó desde una cuerda altísima y se partió los huesos? ¿O se enfermó de golpe y no hubo para el médico? ¿O la aplaudieron tanto que alguien quiso llevarla aún más lejos y no pudo regresar a tiempo? Quizá tuvo hijos y un marido celoso que no la dejó salir de la casa. A lo mejor perdió la memoria de un golpe y no se acordó de la ruta. Mil preguntas, ninguna respuesta.

La abuela se moría, ardiendo en un calor infernal. Sintió un golpe contundente en el corazón, como el estallido de una papa bomba en tiempos de guerra, que lo volvió ceniza poco a poco para que el viento pudiera llevárselo en su remolino. Al deslizarse al suelo, sintió un abrazo tan cercano que ya no quemaba. Fresco y liviano como el viento, le acariciaba el pelo con ternura. Apreció el abrazo perdido de la ausente, intacto en su memoria. La niña-joven espectro vio volar su alma.

Al caer la tarde, el cielo brillaba en una gama de rojos profundos. Con serena magia, la noche se abría en la abrumadora belleza de un horizonte pacificador. El crepúsculo dictó el acta de partida de un ser humano hacia el cielo azul.

Un jornalero que pasaba vio a la abuela dormida en el suelo, con la cabeza apoyada en el brazo derecho. Estaba acurrucada, como una niña que cansada de jugar se duerme donde la agarra el sueño y se queda ahí hasta que su mamá llega para acostarla y arroparla. La cargó hasta la cama,

le quitó las pantuflas viejas y la envolvió con la manta de flores que ella había tejido para su nieta muchos años atrás.

72/ 73

El viento tranquilo acompañó la marcha de los vecinos que llevaban a la abuela dormida al pueblo. Allí le darían el último adiós a la dueña de la Casa Azul, la señora de la tienda que tanto trabajaba, siempre sola, tan amable y tan bonita.





CON EL REFLEJO
OCULTO



Laura Romero de la Rosa

Mi comida favorita es la que hace mi mamá.
Nací y crecí a orillas del Caribe, donde he vivido,
me he enamorado, he trabajado y estudiado.
Soy turbantera, afrocaribeña, medio bruja y
antipatriarcal. Me gusta ponerle color a mi ropa y
ayudar a la gente a vestirse. Soy la creadora de Rosa
Caribe, una plataforma para reivindicar a través
del uso del turbante las estéticas afrodiaspóricas
caribeñas que han sido discriminadas y racializadas.
Esto representa para mí la posibilidad de narrarme
a partir del cuerpo como mi territorio en completa
libertad, es mi propio *performance*. Ahora soy
profesora porque me gusta cuestionar el racismo
y los estereotipos de género. Trabajo en Imagina
Cartagena Lab.



Hacía mucho tiempo no visitaba a mi tía Ramona. Esta era la tercera vez en el año que se mudaba de casa, por alguna razón no se había sentido cómoda en las dos anteriores. La excusa era que no encontraba el sitio adecuado para instalar una pequeña tienda. Su añorado «hogar, dulce hogar» debía tener un garaje que le sirviera de local: con suficiente espacio para poner dos vitrinas grandes y un mostrador.

Es la menor de cuatro hermanas y, curiosamente, solo ella es gorda. También es la más alta, la de tez más clara y la única que salió rubia natural; las otras llevan años engañándose a sí mismas con tintes para el cabello. Creo que es a la que más le gusta bailar, y siempre encuentra la canción indicada para acompañar la situación, sea buena o mala. Guarda en el celular la música que le funciona como banda sonora de su vida. Nada la emociona más que una canción de la Niña Emilia. Mientras le pone *play* a «Coroncoro», me dice que es su favorita y la que no puede faltar en las fiestas del 11 de noviembre en Cartagena.

Las secuelas de la operación siguen presentes en cada uno de los pasos de mi tía, en cada rincón de su casa y en cada espacio de su mente, aunque han transcurrido varios años. No pierde oportunidad para decir que la banda gástrica, con la que esperaba pasar de 78 a 56 kilogramos, fue una completa pérdida de tiempo y dinero por causa del médico (no por su gusto por el mote de queso y el pescado guisado en leche de coco).

Mi tía no pudo tener hijos. Tampoco se casó. Los hombres que se le acercaron con promesas de amor solo le dejaron desolación, deudas y unos kilos de más: comer es la mejor medicina para el desamor. Pero comida de verdad-verdad, no «de pajarito», como llama a mis desayunos de granola, yogurt griego y fruta. Cada vez que puede me dice que eso no es un desayuno, sino una merienda.

Ese día dejó claras sus preferencias: pasadas las siete de la mañana, abrió la nevera y se sirvió un gran vaso de jugo de zapote en leche con mucha azúcar. Lo que no le permite ser constante con «la dieta», confesó, es su ansiedad. Siguió tomándose el jugo mientras abría una

bolsa de panes redondos. Agarró uno, le dio un mordisco y se quedó pensativa. Se debatía entre si sacar o no de la nevera el tarro de mantequilla para acompañar la insípida mogolla de harina integral.

Mientras conversábamos sobre política (su tema favorito) en la sala, al fondo se escuchaba el televisor encendido, voces con acento mexicano. Me dirigí al cuarto con la intención de apagarlo —no andábamos para desperdiciar energía— y vi que estaba sintonizado en el canal de las telenovelas. Me detuve unos segundos mirando la escena con atención: escondidos en un potrero, los protagonistas se fundían en un beso apasionado; él le juraba amor eterno mientras ella sonreía atontada y le decía: «Soy tuya». Lo apagué sin más y me pregunté si mi tía podría encontrar a su galán de telenovela. Ninguno de sus novios ha estado a la altura de esas expectativas.

En su nueva casa, con el garaje perfecto, vive hace tres meses. Allí tiene guardadas las vitrinas vacías y polvorientas para el negocio de ropa y artesanías con el que tanto ha soñado, y también hay suficiente espacio para la nevera de 450 litros, color gris y dos puertas, siempre llena; la estufa de seis puestos con horno; el sofá y dos butacas para la sala; el comedor, y ni hablar de la cama *king size*... ¿Por qué una persona que vive sola necesita tantos muebles? Aunque ella en realidad no está sola, en ocasiones arrienda la segunda habitación a alguna compañera de trabajo que venga de otra ciudad y necesite hospedaje a buen precio. Si no, la mantiene vacía para recibir a la familia.

No creo haber visto a mi tía quejarse de su soledad o su soltería. Se ha encargado de que los sobrinos siempre estemos merodeando su casa, comiéndonos su comida y



paseando con ella a los pueblos cercanos. Es muy alcahueta. De niños, nos dejaba comer cosas prohibidas, y luego nos enseñó a bailar y a beber sin emborracharnos.

A mediodía nos sentamos en el comedor frente a uno de sus manjares preferidos: arroz de coco frito, carne guisada y plátano en tentación. También había caldo de pollo, una jarra de jugo de corozo y una taza de suero, que me ofreció para bañar el arroz. Mientras almorzábamos, me dijo que necesitaba ayuda: no sabía qué ponerse para su ceremonia de graduación como especialista en pedagogía. Por una vez se invirtieron los papeles: ella, que llevaba más de diez años trabajando como psicóloga escolar, escuchando problemas y discusiones de adolescentes, me pedía consejo a mí, que apenas estaba a punto de terminar la secundaria.

Devoró el último bocado de arroz de coco y me dijo que tenía varios vestidos sin estrenar; que si alguno me gustaba, podía llevármelo.

-Mijita, alguno de esos debe servir.

Ante el clóset, me di cuenta de que era cierto: guardaba como un tesoro ocho vestidos largos aún con la etiqueta puesta. Me llamó la atención uno rojo: torso en encaje, escote en V recamado en piedras, delgadas tiras para sostener el peso de los senos, falda plisada en seda satín que cayó imponente ante mis ojos.

-¡Tía, este es perfecto para ti!

-Ese no: el día que lo iba a usar me dejaron plantada. Fijo me trae mala suerte, además hace mucho tiempo dejé de ser talla 8. Mejor póngelo tú, seguro te queda.

Decidí medírmelo, con la esperanza de que me sirviera para la fiesta de *prom*, y ¡oh sorpresa!, la corredera cerró. Lo sentí algo flojo y salí del baño en búsqueda de un espejo más grande para verme de cuerpo entero, pues allí

solo podía verme la cara. En el cuarto de la tía no había espejo en las paredes, ni en el clóset, y menos detrás de la puerta. Mi esperanza era la sala principal. Nada.

Me asomé a la cocina, donde mi tía preparaba el café de la tarde. El vapor de la cafetera indicaba que ya estaba listo. Llenó su taza, que cambió de color con la temperatura, casi hasta el tope, y sacó otra para servirme, pero la guardó de inmediato, al recordar que la cafeína me da taquicardia. Abrió la alacena, sacó de un tarro hermético unas galletas redondas con chispas de chocolate y las puso en un plato. Se dio la vuelta para verme y dijo:

—Te queda perfecto, mi niña.

Le pregunté por el paradero del espejo de cuerpo entero.

—Cada vez que me mudo, alguien rompe el espejo. Supongo que ya no es necesario tener uno en casa.





LOS INVISIBLES

TENTÁCULOS DEL CUERPO



Lizeth Patricia García Ruiz

Me definen muchos verbos con los que conjugo pronombres y tiempos. Entre ellos, escribir mi nombre completo y entender a las personas a través de su letra.

Nací en Cartagena, corazón del Caribe que se convirtió en mi nación. Un día tomé una maleta pequeña, guardé un par de recuerdos y me instalé en Estados Unidos.

Me gusta vivir en diversas geografías y entender la inmensidad de lo cotidiano con lo que se teje cultura. Me dejo llevar por las aguas del mar, por la fuerza de las cascadas y por el crisol de verdes que hay en los jardines. El bullerengue cambió mi vida: es mi remedio menstrual y el recordar de las mujeres que me preceden.

Soy profesional en Literatura (Colombia) y magíster en Estudios Culturales (Argentina). Me dejo atravesar por la investigación, la creación y la gestión, fluyo con ellas como el agua en la que me sumerjo.



Un mediodía particularmente caluroso, bajo el sol en pleno brillo, las miradas de Yolima y Ramón se encontraron. El 12 de diciembre de 2012 se vieron por primera vez, no porque no se conocieran, sino porque ese día el cuerpo de cada uno cambió de significado para el otro.

Parida en el olor y el sudor de un barrio popular de Cartagena, Yolima andaba por la vida probando el mundo a través de la exploración de sus sentidos:

>

colores, sabores, texturas, movimientos. A pesar de que en la ciudad había unos límites claros –fuera de la muralla, eres una mujer; dentro de la muralla, solo puedes ser puta–, su existencia se resumía en el reto de encontrar nuevas aventuras, asumiendo con gallardía que ello bifurcara los senderos de su vida social.

Le gustaba hablar con toda la gente en Cartagena. Aunque le parecía curiosa la forma como muchas personas eran visibles mientras estaban en su casa o en su barrio, pero a medida que se movían hacia el centro histórico empezaba a borrárseles la piel –algo imperceptible para ellas mismas–, hasta que solo quedaban a la vista sus ropas. Un día se fijó en una hermosa mulata que caminaba entre Lo Amador y el centro histórico, casi llegando a la India Catalina. Observó que la piel de esa mujer se volvía translúcida, su peluca lacia parecía levitar y su maquillaje permanecía en el aire, conservando la figura de su rostro. Lo que más le llamaba la atención era que para la sociedad eso resultase normal, que nadie se sorprendiera.

Una de las aficiones de Yolima era leer frente al mar. Todas las tardes, a las seis, observaba cómo los invisibles de Cartagena se embutían en el transporte público –a pesar de lo translúcido de su piel, no cabían en un mismo espacio– mientras ella leía uno de sus libros favoritos: *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift. Soñaba con viajar como el protagonista, conocer pueblos distintos y cuestionar lo que llamamos «normal».

Mirando a la gente apiñada en los buses, recordaba una de sus canciones predilectas y lo mucho que le gustaba la champeta, que para ella representaba el espacio geográfico donde había nacido –el Caribe colombiano–

y la banda sonora del crecimiento de su ciudad. No le sorprendía que Debussy y El Afinaíto estuvieran en la misma *playlist*. La canción era «Sweet Family», de Prince Nico Mbarga, una melodía africana con la receta para un mundo feliz: hacer felices a los niños. Pero en Cartagena los niños eran invisibles también.

Ramón era un hombre de amplia y brillante sonrisa que compartía todo lo suyo, cocinaba exquisitamente y sabía cultivar a la vez cercanía y distancia con los demás. Era padre de tres niños, que había tenido con tres mujeres a quienes cumplía desembolsando una buena suma de dinero cada cierto tiempo. Virtuoso en fundir los versos con la música de los tambores, se llevaba bien con cualquiera y no hablaba de política porque prefería seguir siendo amado a ser odiado por sus posiciones. Haría lo necesario para ser reconocido, pues sentía que el universo estaba en deuda con él.

Yolima y Ramón nunca se habían visto antes como ese mediodía. Una de las cosas que más llamaron la atención de ella fue descubrir que la piel de él no se desvanecía mientras transitaba por el centro histórico. También se dio cuenta de que en los ojos de él brillaban un par de tambores, instrumentos que utilizaba para llamar la lluvia y detener los aguaceros. Y entendió, con sorpresa, que él sabía jugar con los tiempos, que llevaba con facilidad las memorias al futuro y el presente al pasado, que de su boca podían salir versos de Luis Carlos López y promesas de un mañana que nunca iba a llegar.

Un día Yolima notó que Ramón llevaba un grillete en los pies. Pero no era una herropea común: tenía manecillas, como un reloj, y un particular tictac. Comprendió que él no se quedaba en ningún lugar, que siempre se iba; que, como



Gulliver, conocía otros mundos y sabía muy bien cómo regresar a ellos. Le dio entonces su justo lugar, algo a lo que él no estaba acostumbrado.

–¿Acaso no te envuelven mis palabras que juegan con el tiempo? –preguntó.

–No –contestó ella–. Sé que el viento se lleva rápidamente a quienes prometen quedarse.

Tras un tiempo de idas al mar y juegos con el cuerpo, Yolima se dio cuenta de que Ramón había dejado en su vientre un pulpo que poco a poco se acomodaba.

–¿Un pulpo? –preguntaban los médicos.

–Sí, un pulpo –respondía ella–. Cambia de color en las ecografías y está uniendo mis órganos por dentro.

En efecto, las ecografías revelaban a un pequeño pulpo creciendo con los ojos cerrados entre el útero y el colon de Yolima.

–¡Qué pavor! ¿Un pulpo? –comentaba la gente.

Sí, era un pulpo, y Yolima se debatía sobre qué hacer. Ramón se desentendió, aun sabiendo que era él quien lo había engendrado.

–Todo es producto de su imaginación –explicaba a los conocidos–. ¡Yolima se enloqueció!

Ella les contó a sus amigas lo que le estaba sucediendo. Unas compartieron su dolor; otras sospecharon de su historia: ¿quién podía creer que un hombre tan amable como Ramón fuese capaz de dejar un pulpo en el vientre de una mujer? Al verla pasar, comentaban:

–¿Escucharon lo de Yolima?

–¡Qué inhumana! ¿Cómo se atreve a dañar así la imagen de un buen hombre?

–Seguramente ella misma se puso el pulpo para perjudicar a Ramón...

Entre tanto, el pulpo crecía poco a poco.

Yolima encontró en el mercado ilegal unas pastillas para expulsarlo de su vientre. A medianoche, mientras toda la familia dormía, empezó su viacrucis. Seis pastillas, y otras seis doce horas después. El pulpo se disgregaba dentro de ella, podía sentirlo. Un coágulo de sangre le manchó la enagua y partes de un tentáculo empezaron a escurrirse resbalándole por una pierna. Sufrió en silencio un estruendoso cólico que le removía las entrañas.

Apenas empezó a amanecer salió de su casa caminando despacio, agobiada por el dolor. Pensó que era buena idea ir al apartamento de Ramón, pero él decidió tirarle la puerta en las narices: llamó al vigilante por el citófono y le pidió sacar del edificio a esa loca delirante.

Yolima se dirigió a la playa entre sollozos. Los tentáculos gelatinosos del pulpo salían de su vagina con dificultad. Un pescador que la vio caminando por un sendero de sangre en la orilla del mar fue a su rescate.

—¿Qué le pasa, señorita? Se ve pálida, decaída.

—He tenido una larga noche, arrancando el pulpo que un hombre dejó olvidado en mi vientre.

El pescador —ella aún recuerda su figura onírica, su preocupación genuina— la ayudó a subir a la canoa, esperó a que dejara los restos del pulpo en el mar y la trajo de vuelta a la orilla.

De camino a casa, Yolima vio por primera vez que su piel estaba volviéndose translúcida y su cabello rizado empezaba a diluirse. Ese mismo día recibió una llamada que la despertó bruscamente de la siesta:

—¿Qué locura es esta, niña malcriada? ¡Estás haciéndole daño al mejor hombre del mundo! —gritaba una voz al otro lado del teléfono—. ¿Sabes que no eres nadie?

Era Francia Lorduy, una de las mujeres más importantes en la vida de Ramón. Aunque tuvieran el mismo nombre, eran dos mujeres siamesas ancladas a una relación que se podía conjugar entre pasado, presente y futuro, como la herropea que él llevaba en su tobillo.

Yolima no pudo decir nada. Pálida ya de tanto sangrar, no tuvo palabras para reaccionar.

El silencio conquistó su vida y la sonrisa se le borró del rostro. Su piel era cada vez más translúcida, aunque no saliera de casa. Nadie la veía, no hablaba con nadie. Sus deseos de viajar y conocer otros mundos se diluían en la monotonía de constatar su progresiva desaparición. Queriendo morir, nadaba estática en un mar de pensamientos que no la llevaban a ningún lado. No fluía. No quería recordar nunca más aquel pulpo en su vientre.

Se fue de Cartagena para no regresar: encontró un banco de sueños, tomó un crédito, compró un tiquete de avión y una maleta. Conoció el invierno y la primavera, sus pensamientos reverdecieron, el manantial de sus lágrimas se secó. Aunque en los meses de frío su piel se agrietaba, jamás volvió a ser invisible. Fluyendo por otros campos verdes, por la pampa de otros mundos, sonrió nuevamente.

Un día recibió una llamada:

–Aló.

Silencio.

–Aló.

Llanto.

–Aló. ¿Con quién hablo?

–¿Por qué te fuiste? Me has dejado sin vida.

Esa llamada se repitió muchos años; casi todos los viernes a las doce de la noche un hombre embriagado marcaba su número y la escena ocurría otra vez. El

interlocutor llegó a batir los tambores frente a su nuevo domicilio, pero no tuvo respuesta. Las luces nunca se encendieron. Aunque el perro avisó que era una visita conocida, nadie reaccionó.

Yolima va con frecuencia a Cartagena. Ahora, por su propia iniciativa, allí es invisible para el mundo.





CADENA DE AJOS



Karol Rodríguez Cabezas

Soy una mujer de recuerdos, vuelvo a ellos una y otra vez.
La música, el movimiento, el gesto: lo recuerdo todo.

 Mi recuerdo más potente es el del pelo de mi mamá, rizado, esponjado, libre, moviéndose al compás del viento playero. ¡Cómo deseaba tener su pelo! El mío, diferente, rubio, de crespos sueltos y sin forma, ondeaba torpemente entre el paisaje, el mar, el viento, la pesca tradicional, el sembradío del patio. En ese entonces la naturaleza, mi madre, mis dos hermanas y yo éramos una sola.

 Siento la relación inexorable entre mi cuerpo y la tierra. Cuidadoras, sembradoras, madres protectoras, las mujeres de mi familia hemos tenido un vínculo cercano con la naturaleza. Las recuerdo en el palo de chocolata reunidas en un círculo frente al fuego, quemando la basura y bailando. Es una imagen decisiva para mi sensibilidad.

 Me atraviesan las historias de mis ancestras: unas veces me revuelven con fiereza, otras me rozan el perfil conteniendo mi ser. Hago lo que puedo para honrar su legado: escribo, fotografía, hablo, pero sobre todo vivo y lucho.



Siempre quiso ser bruja.
Quizá porque la única vez
que vio a su hermano mayor
tener miedo fue cuando
la bruja del pueblo le dijo,
mientras sujetaba en una
mano su zapato, que en la
noche iría a ajustar cuentas.
Dentro de sí, se rio de él y
pensó que se lo merecía.

Los días siguientes caminó
mirando a todos con ojos de
bruja, y hasta se envolvió el
turbante como la mujer de
la casa gris a la que todos
temían. Luego la olvidó.

Tenía cuatro hermanos; ella, la menor, había sido llamada Consuelo. Su destino estaba echado: sería quien acompañaría a la madre, la Ma, en los menesteres domésticos, la que le pasaría el jabón en las tardes de restriego. Consuelo de vida, alguien con quien caminar después de un día pesado.

Pero ese destino no la emocionaba, porque ella quería ser bruja. Su tía Imelda le había contado la historia de una mujer que andaba por los tejados, corriendo con tacones rojos sobre el Eternit: una bruja. Todos en el barrio la habían visto saltar al vacío para convertirse en un pájaro gigante.

Ya tenía la piel de iguana de tanto lavar ropa en la piedra, y eso le molestaba profundamente. Debía levantarse cada día para ayudar a su Ma en la cocina: pelar cebollas, raspar coco, arreglar los pescados. Mientras las escamas se le pegaban en la cara y el sol recreaba tornasoles en su piel quebradiza, Consuelo movía las caderas al son del manglar. Bailar era su escape.

Un jueves por la mañana, mientras bailaba, llenaba la batea de ropa mojada y la extendía en el patio entre los árboles de chocolata y pepepán, absorta en la cadencia de la rutina, sintió una cercanía. Era un cuerpo fuerte con una sonrisa temerosa; llevaba un turbante amarillo. La mujer se aproximó, muy cerquita, como quien confiesa un secreto o se dispone a robar un beso.

—Baila, bruja, para encontrarte contigo misma, para renacer. Vive, aunque para ello tengas que morir. La danza es el renacimiento —le dijo, y pasó como un soplo.

Consuelo se enamoró.

Ahora quería hacer todos los mandados y les arrebató a sus hermanos las monedas para ir a comprar el pan, con tal de salir del barrio y buscar el cuerpo aquel.

Recorría las calles polvorientas y empedradas, calientes por el sol costero. Miraba en cada chuchito, en cada rincón, buscaba entre los pescadores y las vendedoras de otaya.

Cada vez que lograba salir, se aseguraba de llevar la mochila que tejío en casa de la tía Imelda y, sobre todo, de llevar las conchas más lindas que había recogido en la playa, pues suponía que a esa mujer le encantaría tenerlas. Al fin y al cabo, era de la ciudad, y a la gente de la ciudad le fascinan esas cosas.

• • •

Amaranta era una mujer de estatura media. Pesaba más de lo que debiera y sudaba más de lo que le gustaba. Hija de viajeros, quiso ir a la universidad y estudiar Biología. Pensaba que eso le daría raíces o la mantendría a flote.

De niña había escuchado que los flamencos bailan para aparearse, y que ese baile los une de por vida. Desde entonces empezó a imitar sus movimientos, y se dio cuenta de que quería bailar como un animal.

La vio. Era una mujer negra, tenía piernas de flamenco: largas, fuertes, brillantes; casi como raíces. Bailaba entre la ropa mojada, cerrando los ojos mientras apretaba el gancho que sostenía la tela. Amaranta se acercó lentamente para no asustarla, como cuando se avanza con los brazos abiertos para no espantar a un ave. Y le susurró al oído algo que ya no recuerda.

Lleva noches intentando acordarse de lo que le dijo a la mujer del patio cerca al río. Fueron el magnetismo de su cadera y la textura craquelada de su piel lo que la llevó a hablarle, casi balbuceando. Ahora rebobina la historia una y otra vez, mirando hacia el techo de la habitación que una mujer, a la que todos llaman bruja, le alquiló.



No le preocupa que también la llamen bruja, a fin de cuentas lo es. Ama caminar por los tejados, no usar brasier y preparar pociones que aprendió cuando vivió en la selva. Allí bebió brebajes mágicos de mano de la abuela Flor y su cuerpo siempre cantó. Se veía a sí misma remando entre colores; para avanzar en medio de la densidad que supone el vacío, dejaba que de su boca salieran canciones que iba recogiendo con el cuerpo.

Alguna vez, en medio de sus tantos viajes, Amaranta avanzó hasta llegar a la casa de una mujer anciana que la esperaba sentada en el piso. Se sentó junto a ella para escuchar sus historias, esa sabiduría de la palabra sagrada de las mayores. Al despedirse, la anciana le dijo:

-No te olvides: no dejes de cantar.

Ella se quedó pensando en cómo cantar, si nunca había entrenado la voz. Entonces se le ocurrió que podría bailar, pues bailar es casi como cantar. Y ahora va navegando en sus cantos del cuerpo, danzando y aullándole a la luna.

...

Un martes, muy temprano, Consuelo despertó con un morado en el cuello. Sorprendida, intentó ocultarlo, pero luego, pensándolo bien, se dio cuenta de que lo mejor era contárselo a su Ma. Finalmente, no tenía idea de quién le había propinado ese mordisco. Ningún muchacho se le había acercado los últimos meses porque ella estaba enamorada y era incapaz de faltarle a su amor.

-Mira, niña, ese chupa'o es cosa de brujas, te digo. No te rías y pregúntale a tu tía Imelda si quieres, pero te digo que esa vaina te la hizo una bruja. Como andas todo el tiempo pensando en quién sabe qué, ni cuenta te diste...

Ten cuidado y amárrate esa cadena de ajos que la tía te trajo desde el pueblo. Agarra el tibungo y trae agua, sin demorarte, que ultimadamente te demoras en cada cosa que te toca hacer. ¡Ve, corre! –le dijo la Ma, atizando el fogón.

–Un chupa'o de bruja, ¡ja! Mi Ma creyendo en esas cosas... –se burló Consuelo mientras caminaba al pozo.

Ese día tuvo mucho calor y se sintió agotada, pero pensó que era normal: sus hermanos no hacían nada y ella debía cumplir con todos los quehaceres de la casa.

El viernes, ya eran siete las manchas violeta en el cuerpo de Consuelo. No le dolían, pero empezó a parecerle extraño estar tan soñolienta. Se quedaba dormida en todas partes, bajo el calor y la brisa. Soñaba que tenía alas negras y sedosas, y que unos labios rojos se le acercaban y le mordían la boca como si fuera una manzana. De repente sentía demasiada sed y un calor incontenible que solo se calmaba con baños en el mar. Durante treinta días, su ropa se llenó de sal, por tanto entrar y salir de las olas.

Empeoró. Alucinaba, se desmayaba en los matorrales y la Ma tenía que ir a buscarla tarde en la noche porque se había dormido entre las plantas, sudando y en éxtasis.

...

–Imelda dice que tiene que ser hoy; que es apenas la luna que se necesita para ver a la bruja de frente –dijo la Ma alistando las bateas.

La tía Imelda había preparado un hilo larguísimo con ajos incrustados, que extendió entre las cuatro esquinas del cuarto de madera; había distribuido un puñado de dientes de ajo en la cama y puesto sobre ella un toldillo de nudos rojos en red; había prendido el sahumerio y acomodado en cruz las bateas con agua bendita y el velón bendecido por el

padre Horacio, que en la misa de ese día había pedido por el alma de Consuelo.

–Amárrese eso en la mano, mijita, que vea cómo está de flaca y de ojerosa. Una bruja se la quiere llevar. A la hija de Luzmila le pasó lo mismo, se puso de necia y se la llevaron –dijo la tía Imelda, poniéndole a Consuelo un colgandijo que incluía un diente de leche y una pata de cangrejo.

Consuelo se acostó sobre los ajos, le gustaba el olor. Imaginó que por el techo caminaba un ave gigante con tacones rojos y los labios pintados. Mientras la lluvia resonaba fuerte sobre el Eternit y el viento entraba fresco por la ventana, se fue durmiendo. La tía se quedó esa noche; su misión era mantenerse despierta y atrapar a la bruja apenas se asomara. Estuvo haciendo collares de conchas y rezando el rosario. Con tanta paz, se acomodó en la silla mecedora y cerró los ojos.

–Se la llevó, se la llevó, ¡mi muchachita! –se escuchó a lo lejos.

Saltó de un susto la tía: la despertaron los gritos de la Ma, llorando y buscando a Consuelo, su consuelo. No estaba, se la habían llevado. ¿Cómo era posible, si el ajo siempre funcionaba?

–La muchacha ya estaba muy flaca, no había nada qué hacer. A Consuelo se la llevó la bruja. Camine, mija, no llore más, mejor pongamos a hacer el café.

• • •

Con su vestido más blanco y su turbante más largo, la Ma se une a la danza de las mujeres del barrio en el patio, cerca al palo de guanábana, junto a la basura que habrán de quemar mañana. La Ma y las tías empiezan

a bailar, contonean las caderas, se arremangan las telas. Entonan cantos que lloran el sacrificio; la muerte y la vida, reintegración, retorno y nacimiento. Liberan con la danza el peso de la cabeza, del pensamiento que condiciona sus cuerpos. La Ma aún tiene dudas, pero la tía Imelda la calma: es menester aceptar el destino. La vida y la muerte se bailan.

Consuelo baila en la Sierra, entre la montaña y el asfalto, sobre una pierna, como un flamenco. Se mece sin camisa. Se bambolean sus tetas. Ya no siente el sonido del mar más que en la caracola que trajo en la maleta. Amaranta la mira, deslumbrada: no puede creer que la mujer que tendía las ropas aquel día ahora viva con ella.

La bruja siempre fue la tía Imelda, que le dio a Consuelo la estrategia perfecta para escabullirse en la noche, mientras llovía.





Juana Zúñiga

Soy diseñadora gráfica de la Universidad del Cauca, Popayán. He desarrollado mi carrera a partir del gusto por el diseño editorial, el *branding*, la ilustración infantil y científica, la letra hecha a mano y la experimentación con diversos materiales. Soy cocreadora, diseñadora, ilustradora y gestora cultural en Libre, un taller de diseño gráfico enfocado en la elaboración de productos editoriales de pequeño formato con técnicas artesanales de encuadernación e impresión.

Las cosas por contar / Ilustraciones Juana Zúñiga [Lizeth Johanna Zúñiga Burbano], editor Miller Alejandro Gallego Cataño. -- Bogotá (Colombia): Editorial Universidad El Bosque, 2023.

108 páginas - Colección Entre Letras, 12
ISBN: 9789587394160 (Impreso) - ISBN: 9789587394153 (Digital)

1. Mujeres – Historia – Colombia 2. Liderazgo femenino 3. Experiencias de vida – Mujeres 4. Identidad de género 5. Feminidad

I. Juana Zúñiga [Zúñiga Burbano, Lizeth Johanna] II. Gallego Cataño, Miller Alejandro III. Sileny Laos Osejo IV. Ana Luisa Muñoz Ortiz V. Alexandra Molina Trujillo VI. Andrea Tostano [Andrea Narváez Caicedo] VII. Laura Romero de la Rosa VIII. Lizeth Patricia García Ruiz IX. Karol Rodríguez Cabezas X. Universidad El Bosque.

Fuente. SCDD 23ª ed. – Universidad El Bosque. Biblioteca Juan Roa Vásquez (enero de 2024) - LM

ENTRE LETRAS - n.º 12 /

Las cosas por contar

ISBN: 978-958-739-416-0 (Impreso)

ISBN: 978-958-739-415-3 (Digital)

DIRECCIÓN EDITORIAL /

Mónica Roesel Maldonado

DIRECCIÓN GRÁFICA Y DISEÑO /

Miller Alejandro Gallego Cataño

CORRECCIÓN DE ESTILO /

Editorial Universidad El Bosque

TEXTOS /

Sileny Laos Osejo, Ana Luisa Muñoz Ortiz,
Alexandra Molina Trujillo, Andrea Narváez Caicedo,
Laura Romero de la Rosa, Lizeth Patricia García Ruiz,
Karol Rodríguez Cabezas

ILUSTRACIONES /

Juana Zúñiga [Lizeth Johanna Zúñiga Burbano]

IMPRESIÓN /

Image Printing
Bogotá, D. C., Colombia
Diciembre de 2023

© Editorial Universidad El Bosque /

© Universidad El Bosque /

La Universidad El Bosque se reserva todos los derechos sobre esta publicación. Cualquier tipo de reproducción requerirá autorización expresa.

Publicación sin valor comercial.



Entre Letras es una publicación semestral de la Editorial Universidad El Bosque que busca poner al alcance de la comunidad universitaria ensayos, cuentos, poesías y crónicas de autores nacionales y universales reconocidos por su calidad literaria. *Entre Letras* tiene como propósito fomentar el gusto por la literatura en la Universidad, se publica en formato de cuadernillo con ilustraciones, y es de distribución gratuita.

Prohibida su venta.

[E N T R A S E]

Las cosas por contar

fue editado y publicado por la Editorial Universidad El Bosque.

Diciembre de 2023,

Bogotá, D. C., Colombia

[E N T R A S E]
LETRAS